

SERVICIO SECRETO

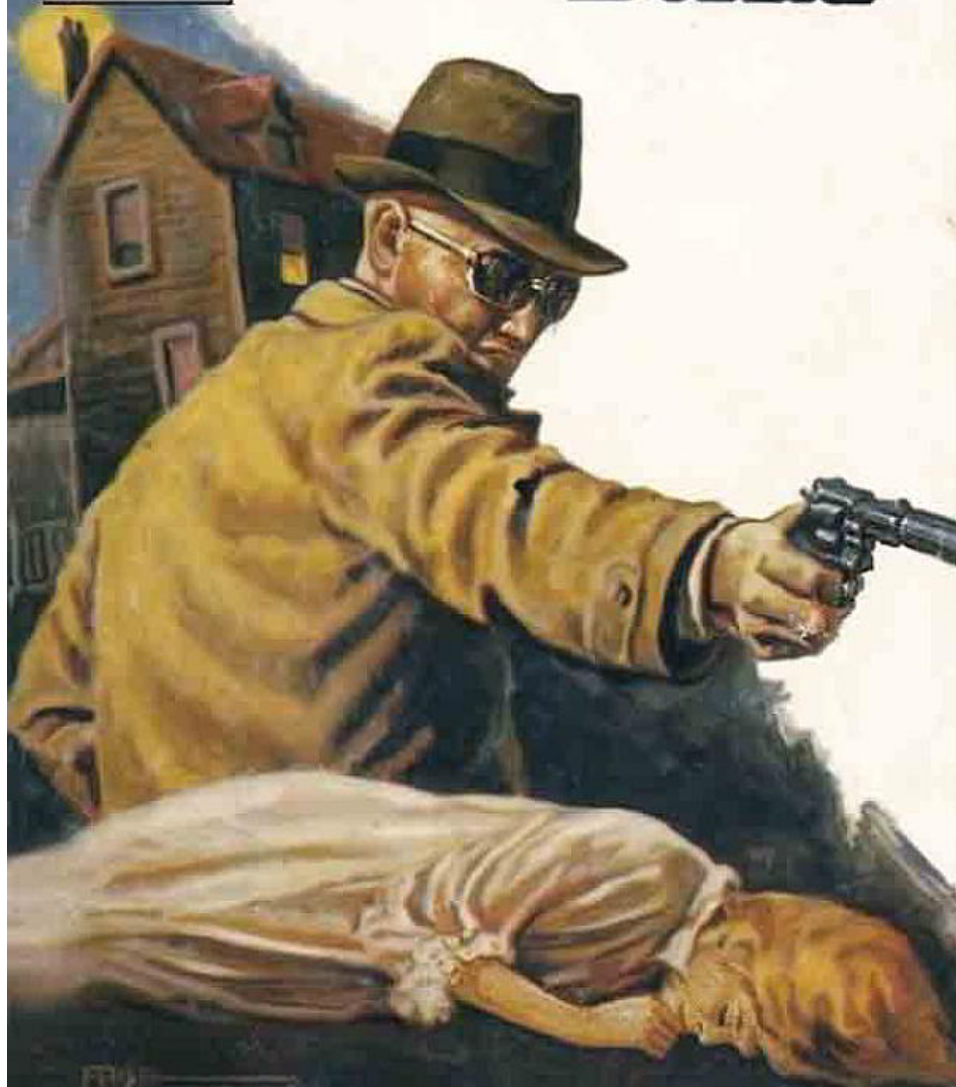
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**MAX
«EL DRAGON»**

**Joseph
Berná**



Catch Stars.

Así se llamaba el local propiedad de Lionel Waring, dedicado exclusivamente a la lucha libre americana. Era uno de los recintos deportivos más populares de Chicago.

Una popularidad merecida, ya que el local hacía honor a su nombre y presentaba a las auténticas estrellas del *catch*. Los mejores luchadores, tanto nacionales como internacionales, actuaban en el recinto deportivo de Lionel Waring, entusiasmando a los espectadores.

Aquella noche, como de costumbre, el local se hallaba abarrotado de público. Más aún, si cabe, que en las últimas veladas de *catch*, porque en el cartel figuraba Max Bonner, más conocido por Max *el Dragón*.

Era un luchador excepcional.



Joseph Berna

Max «El dragón»

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1742

ePub r1.0

Lds 07.03.19

Título original: *Max «El dragón»*

Joseph Berna, 1984

Cubierta: Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Catch Stars.

Así se llamaba el local propiedad de Lionel Waring, dedicado exclusivamente a la lucha libre americana. Era uno de los recintos deportivos más populares de Chicago.

Una popularidad merecida, ya que el local hacía honor a su nombre y presentaba a las auténticas estrellas del *catch*. Los mejores luchadores, tanto nacionales como internacionales, actuaban en el recinto deportivo de Lionel Waring, entusiasmando a los espectadores.

Aquella noche, como de costumbre, el local se hallaba abarrotado de público. Más aún, si cabe, que en las últimas veladas de *catch*, porque en el cartel figuraba Max Bonner, más conocido por Max *el Dragón*.

Era un luchador excepcional.

Fuerza, técnica, bravura, resistencia...

Lo reunía todo.

De ahí que sus combates se contasen por victorias.

Se había enfrentado ya a los más peligrosos rivales, pero ninguno había podido con él, pese a que algunos de ellos habían recurrido a todo en su afán de derrotarle.

Que habían peleado sucio, vamos.

Pero de nada les sirvió.

Si acaso, para poner momentáneamente en dificultades a Max, que era un luchador noble y correcto, pero que, cuando el rival recurría a las marrullerías, no dudaba en responderle de la misma manera.

En esos momentos, los aficionados vibraban de verdad y celebraban que Max *el Dragón* pagara a su rival con la misma

moneda, propinándole un palizón de campeonato.

Aquella noche, los espectadores esperaban vibrar de nuevo, porque Max *el Dragón* se enfrentaba a Rock Tuttle, cuyo nombre de guerra era Rock *Garras de Acero*.

Un rival temible por su extraordinaria corpulencia, por su fortaleza, y por las sucias artimañas que empleaba en todos y en cada uno de sus combates.

Nunca peleaba limpio.

Max *el Dragón* y Rock *Garras de Acero* se habían enfrentado ya una vez, en el cuadrilátero del Catch Stars, hacía cosa de un mes. En aquella ocasión, Max venció a Rock, aunque pasó ciertos apuros, provocados por las marrullerías de su rival.

El combate fue duro.

Bronco.

Terriblemente emocionante.

Y el combate de revancha, solicitado por Rock Tuttle, también prometía serlo. Tanto o más que el anterior, porque Rock *Garras de Acero* había hecho unas declaraciones a la prensa, asegurando que se iba a sacar la espina y que iba a destrozar literalmente a Max *el Dragón*.

Max, por su parte, se había negado a hacer declaraciones, limitándose a decir que ya le contestaría a Rock *Garras de Acero* en el *ring*, la noche del combate.

Con un ambiente así, era lógico que esta nueva pelea entre Max *el Dragón* y Rock *Garras de Acero* hubiese despertado una expectación inusitada.

El público estaba deseando que el combate comenzara.

Como era el más importante de la velada, se disputaría en último lugar. El combate de fondo, como suelen decir los aficionados. Y no faltaba mucho para que se llegara a él, ya que se habían celebrado los tres primeros combates y el cuarto andaba bastante avanzado.

El quinto y último de la velada, sería el que disputasen Max *el Dragón* y Rock *Garras de Acero*. Ambos se encontraban en los vestuarios, preparándose para salir al *ring* en cuanto concluyese el cuarto combate.

Max Bonner tenía treinta años de edad, el pelo negro, y los ojos brillantes y profundos. Medía 1,88 de estatura, era de complexión

robusta, y tenía los músculos perfectamente desarrollados.

Un atleta completo, con una constitución ideal para dedicarse a la lucha libre y triunfar, porque, a la fuerza, se unían agilidad y reflejos, factores muy importantes también.

Max tenía las facciones duras, viriles, enérgicas, a lo que contribuía, sin lugar a dudas, el espeso bigote que cubría totalmente su labio superior.

Lucía un breve y ajustado *slip* rojo, y se había colocado ya las reglamentarias botas, cómodas y flexibles. Se hallaba tumbado de espaldas sobre la mesa de masaje, totalmente relajado, y Chips Cargill, su cuidador, le estaba friccionando el cuerpo con linimento, vigorosamente.

Chips contaba cuarenta y cinco años, era de estatura media, pero tenía los hombros anchos, la espalda amplia, y los brazos fuertes. Se había quedado prematuramente calvo y, como tenía la cabeza redonda, las orejas puntiagudas y la piel cetrina, todo el mundo le llamaba Chips *el Marciano*.

Max Bonner llevaba un artístico tatuaje en el centro del pecho, que representaba un dragón alado despidiendo fuego por la boca. De ahí lo de Max *el Dragón*.

Era su símbolo de guerra.

Y, como el tatuaje era grande y estaba muy bien hecho, los espectadores podían verlo perfectamente desde sus localidades cuando Max subía al cuadrilátero y se despojaba de su bata.

Podía decirse que, en ese momento, todas las miradas se clavaban en el amplio y musculoso pecho del luchador, para observar el magnífico tatuaje.

Chips Cargill vio que su luchador tenía los ojos cerrados y emitió un carraspeo.

—Eh, Max.

Bonner levantó los párpados.

—¿Sí, Chips...?

—¿En qué estás pensando?

—En nada. ¿Por qué?

—Faltan sólo unos minutos para salir al *ring*.

—Lo sé.

—¿No te preocupa tu combate con Rock *Garras de Acero*?

—En absoluto.

—Estás seguro de vencerle de nuevo, ¿eh?

—Así es.

—No te fíes de él. Rock *Garras de Acero* es un marrano.

—Lo sé, Chips.

—Con tal de vencerte, hará lo que sea. Te tirará del pelo, tratará de meterte los dedos en los ojos, te morderá con disimulo, intentará aplastarte los testículos con su rodilla...

—Como la otra vez —sonrió Max.

—Exacto.

—No te preocupes, Chips. Le vencí entonces, a pesar de todas sus marrullerías, y le volveré a vencer esta noche, haga lo que haga. Y cuantas más artimañas sucias y cobardes utilice, más le sacudiré. Ya sabes que yo, cuando me obligan a pelear en plan bestia, puedo ser más animal que nadie.

Chips *el Marciano* rió, aunque sin dejar de friccionarle los músculos con linimento.

—¡Eso es verdad!

—Rock *Garras de Acero* se arrepentirá de haberme pedido la revancha, te lo aseguro. Y también lamentará haber hecho esas declaraciones a la prensa. Si alguien queda destrozado esta noche, al final del combate, será él —aseguró el luchador.

Chips iba a decir algo, pero, justo en ese momento, se abrió la puerta del vestuario y un empleado del local informaba:

—¡El cuarto combate acaba de terminar!

Chips dejó de masajear a Max y éste saltó de la mesa, se colocó la bata, corta y brillante, se ató el cinturón, y dijo:

—Vamos, Chips.

CAPÍTULO II

Rock Tuttle fue el primero en aparecer, acompañado de Phil Lewis, su cuidador. El luchador, apenas salir de los vestuarios, se vio abucheado por el público, pero no hizo caso, porque ya esperaba un recibimiento parecido.

Sabía que la mayoría de los espectadores estaban de parte de Max Bonner y deseaban una nueva victoria del Dragón, pero él iba a hacer todo lo posible para ganar el combate y dejarlos chasqueados.

Rock *Garras de Acero* alcanzó el *ring* y trepó a él, siendo imitado por su cuidador. El luchador se situó en el centro del cuadrilátero y levantó los brazos, saludando al público, pese a saber que lo tenía en contra.

Esta vez, el abucheo fue más largo y sonoro.

Rock Tuttle sonrió, al tiempo que murmuraba:

—Abucheadme cuanto queráis, cabritos, pero seré yo quien venza esta vez.

De repente, cesaron los abucheos y los aficionados prorrumpieron en una fuerte ovación, dedicada a Max Bonner, que ya salía de los vestuarios acompañado de Chips Cargill.

Rock *Garras de Acero* se retiró del centro del *ring*, maldiciendo por lo bajo a su rival, y se reunió en su rincón con su cuidador.

Max *el Dragón* alcanzó el cuadrilátero y subió a él, lo mismo que Chips *el Marciano*. Cuando el luchador saludó al público, desde el centro del *ring*, la ovación fue realmente ensordecedora.

Phil Lewis rezongó:

—El público está con él, Rock.

—Me importa un rábano. Esta noche voy a machacar a Max —
aseguró Garras de Acero.

Su cuidador sonrió.

—Creo que puedes conseguirlo. Pero cuidado con el árbitro, ¿eh? —advirtió.

—Si se pone pesado, lo machaco también —masculló el luchador.

Phil no pudo reprimir la carcajada.

—Pero ¡qué bestia eres, Rock!

—Hablo en serio, te lo aseguro. Que no me venga con amonestaciones, porque se la gana.

—Si le pones la mano encima, te descalificará.

—Como lo intente, me lo cargo —aseguró Rock, dirigiéndole una mirada asesina al árbitro del combate, que ya se hallaba también sobre el *ring*.

El tipo, delgado y más bien bajo de estatura, entendió el «mensaje» y sintió deseos de abandonar el cuadrilátero. Pero, como no podía hacer tal cosa, continuó sobre él y se encomendó a todos los santos del cielo.

Era como para encomendarse a ellos, desde luego. Especialmente, ahora que Rock *Garras de Acero* se había despojado de su bata y exhibía su pechazo de ballena, sus poderosos hombros, sus hercúleos brazos, que más parecían piernas, debido a su impresionante grosor.

Y, si sus brazos parecían piernas, éstas parecían troncos.

Eran realmente descomunales.

Y es que Rock Tuttle rondaba los dos metros de estatura y pesaba más de ciento treinta kilos. Se había puesto un *slip* negro, tan escueto y ajustado como el de su rival.

Max Bonner se había despojado también de la bata y los espectadores le estaban mirando ya el perfecto tatuaje que exhibía en el centro de su atlético pecho.

Cuando el luchador tensaba sus desarrollados músculos pectorales, el tatuaje se movía y daba la impresión de que el dragón alado cobraba vida, lo cual divertía muchísimo a los aficionados.

De manera especial, a las mujeres, que también las había en el recinto deportivo. No demasiadas, porque más del noventa por ciento de los espectadores eran hombres, pero las que habían acudido al Catch Stars eran buenas aficionadas a la lucha libre y gozaban tanto o más que los varones.

Cuando había que aplaudir o vitorear a un luchador, eran las primeras en hacerlo. Y cuando había que chillar o insultar al rival, por sucio y marrullero, también.

Aquella noche, habían ido todas predispuestas a ovacionar a Max *el Dragón* y a llamarle de todo a Rock *Garras de Acero*, por feo y por marrano.

Y es que recordaban muy bien lo que pasó en el primer combate que disputaran Max Bonner y Rock Tuttle, y no le perdonaban a éste sus muchas marrullerías.

El juez del combate de revancha, que tenía dolor de vientre desde que Rock *Garras de Acero* lo amenazara con la mirada, llamó a ambos luchadores al centro del *ring*.

Max y Rock se acercaron.

El árbitro, con gesto nervioso, dijo:

—Quiero una pelea limpia, muchachos.

—Dígaselo a Rock, juez —sugirió Max, mirando a su rival.

Garras de Acero enseñó sus dientes de mula y aseguró:

—Va a necesitar un tambor de cinco kilos de detergente, juez.

El árbitro tosió.

—Por favor, Rock.

—Voy a triturar a Max, juez. Y le aconsejo que no se ponga de por medio, no vaya a ser que lo triture a usted también por accidente. Me entiende, ¿verdad?

El árbitro sintió un profundo escalofrío y notó que se le acentuaba el dolor de vientre.

Max, dándose cuenta del terror del juez del combate, sonrió ligeramente y dijo:

—De nada te servirá, Rock.

—¿El qué?

—Asustar al juez.

—No es ésa mi intención, créeme.

—Te voy a ganar por segunda vez, Rock, por muchas tretas sucias que emplees.

Garras de Acero sacudió su cabezota.

—Estás equivocado, Max. Te voy a propinar tal paliza, que de aquí saldrás directo hacia el hospital. Y te pasarás varias semanas allí, te lo garantizo. Cuando vuelvas a subir a un *ring*, suponiendo que puedas hacerlo algún día, ya no te llamarán Max *el Dragón*, sino

Max *el Lagartija*.

El árbitro se estremeció y dejó escapar un gemido, como si Garras de Acero se hubiera dirigido a él. Max Bonner, en cambio, no acusó en absoluto las terribles amenazas de su rival, y lo demostró diciendo:

—Al hospital irás tú, Rock. Y si no quedas inválido y vuelves a subir a un cuadrilátero, lo cual dudo bastante, nadie te llamará Rock *Garras de Acero*, sino Rock *Uñas Limadas*.

La réplica de el Dragón enfureció a Garras de Acero, que dio un paso al frente, como si quisiera atacar a su rival. Pero no llegó a hacerlo, porque el árbitro chilló.

Y con razón.

¡Rock le estaba pisando el pie izquierdo!

¡Se lo estaba haciendo papilla con sus ciento treinta kilos largos de peso!

¡Lo iba a dejar cojo para toda la vida!

Rock *Garras de Acero* lo miró con gesto de extrañeza, como si no supiera que le había puesto el pie encima.

—¿Qué diablos le ocurre, juez...? ¿Le gusta cantar rancheras...?

Max *el Dragón*, que sí se había percatado del deliberado pisotón que su sucio rival le estaba dando al pobre árbitro, le dio un violento empujón a Rock *Garras de Acero* y lo hizo caer de espaldas.

La lona que cubría el cuadrilátero hizo tanto ruido, que pareció que era un elefante lo que caía, en vez de un hombre.

El árbitro se agarró el pie izquierdo y empezó a saltar a la pata coja por el *ring*, lo que provocó la hilaridad del público, que no se había percatado del terrible pisotón que el tipo había recibido.

Rock Tutle, rabioso por el batacazo que le había hecho dar Max Bonner, se irguió de un salto y rugió:

—¡Te voy a desmembrar, Dragón!

—¡Inténtalo, Garras! —respondió Max Bonner, preparándose ya para la lucha.

Y dio comienzo el combate.

* * *

Los espectadores estaban perplejos.

Era la primera vez que veían empezar un combate sin que el

árbitro hiciera sonar su silbato. Y es que no podía hacerlo sonar, porque seguía dando saltos de mono por el *ring*, apoyándose únicamente en el pie derecho, porque el izquierdo le dolía horrores.

Y gracias que Max Bonner había intervenido con rapidez y decisión, evitando que el animal de Rock Tuttle le dejara el pie hecho puré el infortunado juez.

Chips Cargill y Phil Lewis se habían visto obligados a saltar del cuadrilátero a toda prisa, al haber comenzado la pelea de una manera imprevista.

Max *el Dragón* y Rock *Garras de Acero* ya se estaban sacudiendo de firme. Aunque, más que golpear, lo que Rock pretendía era atrapar a Max con sus manazas.

Lo de Garras de Acero venía de ahí, de la increíble fuerza que el luchador tenía en sus manos, grandes y duras como guanteletes. Cuando hacían presa en alguna parte de la anatomía del rival, éste veía todas las estrellas de la bóveda celeste sin necesidad de telescopio.

Max lo sabía, porque en el anterior combate se vio atrapado más de una vez por Rock y sufrió lo suyo, así que hacía todo lo posible por esquivar las poderosas garras de su adversario.

De pronto, y sin demasiado disimulo, Rock propinó un golpe bajo a Max y éste cayó de rodillas, dando un grito de dolor.

Un segundo después, Garras de Acero se arrojaba sobre su rival y lo derribaba, haciendo rápidamente presa de él.

—¡Ya eres mío, Dragón! —dijo, jubiloso, y comenzó a apretar.

CAPÍTULO III

Pamela Seymour, sobrina de Lionel Waring, el propietario del Catch Stars, se encontraba en su apartamento. En el *living*, concretamente, sentada en el sofá, frente al televisor.

Era morena, tenía los ojos verdes y los labios muy rojos, carnosos y brillantes. Había cumplido recientemente los veintitrés años.

Como de costumbre, al llegar a casa, Pamela se había desvestido, se había dado una ducha y se había puesto la bata. Y así, en bata y zapatillas, estaba viendo la televisión.

Había sintonizado un canal en el que estaban proyectando una película del llamado «cine negro». Era un filme antiguo, naturalmente, pero lleno de interés.

A Pamela le encantaban las películas policíacas de ese tipo.

Duras.

Violentas.

Con docenas de puñetazos y de tiros.

En la película que estaba presenciando, los había habido ya.

Y aún habría más, porque la protagonista seguía en manos de una banda de gangsters, que no tenía la menor consideración de ella, y el protagonista, que era policía, tenía que rescatarla, despreciando todos los riesgos y todos los peligros.

En aquellos momentos, la protagonista sangraba ligeramente por la comisura de la boca, porque el jefe de la banda acababa de soltarle un duro revés y la había tirado al suelo.

Había intentado besarla en los labios y ella le había escupido en la cara. Una cara bastante desagradable, por cierto, ya que una fea cicatriz le cruzaba toda la mejilla izquierda.

Pamela, que se había servido una copa, apretó el vaso con

fuerza.

—Cerdo asqueroso... —rezongó, mirando con odio al jefe de la banda de gangsters, como si el revés lo hubiera recibido ella.

Y es que se estaba dejando llevar por la emoción de la película.

Había momentos en que se creía la protagonista.

Que era ella la que se hallaba en poder de los gangsters, sufriendo humillaciones y malos tratos.

Pamela se removió en el sofá, lo que hizo que su bata, descuidadamente cerrada, se abriera un poco más, dejando casi totalmente al descubierto sus prietos senos, jóvenes y altivos. También sus piernas, de largos y esbeltos muslos, estaban al descubierto, pudiéndose vislumbrar incluso el sucinto pantaloncito blanco que protegía su intimidad.

Casualmente, también las piernas de la protagonista de la película estaban visibles, como consecuencia de la violenta caída, y el jefe de los gangsters había clavado sus acerados ojos en ellas.

La protagonista quiso bajarse la falda, pero el jefe de la banda se echó sobre ella, le sujetó los brazos, y...

«¡Ringgggg...!».

Pamela Seymour respingó con fuerza en el sofá.

Era el timbre de su apartamento.

Alguien lo estaba pulsando.

¿Quién diablos podía ser, a aquellas horas...?

Fuera quien fuese, la había hecho sobresaltarse con su inesperado timbrazo. El corazón le latía a cien por hora. Y la culpa, más que del timbre, era de la película, en la que Pamela se había metido de lleno sin darse cuenta.

La joven se levantó, dejó la copa sobre la pequeña mesa del *living*, se cerró bien la bata, y acudió a abrir. Lo hizo pegándose una carrerita, porque quería regresar cuanto antes al *living* para no perderse el final de la emocionante película.

Mientras corría, Pamela se dijo que debía de ser alguien que se había equivocado de puerta, porque ella no esperaba a nadie. El único que solía visitarla, alguna noche, era Lionel Waring, su tío, pero esta vez no podía ser él, porque aquella noche había velada de lucha libre en el Catch Stars y Lionel estaría allí, en su local, hasta que terminase el último combate.

Pamela alcanzó la puerta y abrió.

Eran dos hombres.

Altos, fornidos, con las facciones graníticas.

Tenían todo el aspecto de ser un par de matones.

Por un instante, Pamela creyó que se trataba de dos de los gangsters de la película que estaban pasando por televisión y no pudo evitar un estremecimiento.

«¡Dios mío, vienen por mí!», pensó, e intentó cerrar la puerta.

No pudo.

El tipo de la derecha había adelantado su pie y la puerta topó con la punta de su zapato.

—No nos gusta que nos den con la puerta en las narices, guapa —dijo el individuo, antes de empujar la hoja de madera con sus rudas manos.

Tenía mucha fuerza y Pamela se vio lanzada hacia atrás, perdió el equilibrio, y acabó en el suelo. La bata se le abrió, en la caída, y quedó con las piernas al aire, como la protagonista de la película tras el brutal revés del jefe de los gangsters.

Los dos matones se habían colado ya en el apartamento y cerrado la puerta. Como era de esperar, clavaron sus ojos en las tentadoras piernas de Pamela Seymour.

—Qué par de remos, ¿eh, Archie? —dijo el tipo que hiciera caer a la muchacha.

—Fantásticos, Troy —respondió su compañero, sonriendo.

Pamela se apresuró a cerrarse la bata y se puso en pie, visiblemente asustada.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que quieren? —preguntó, con temblorosa voz.

—Eres Pamela Seymour, ¿verdad? —dijo el llamado Troy.

—Sí.

—La sobrina de Lionel Waring, el propietario del Catch Stars.

—Así es —asintió la joven.

—Vas a venir con nosotros, Pamela.

—¿Con ustedes?

—Sí.

—¿Adónde?

—A cierto lugar.

—¿Para qué quieren llevarme a ese lugar? ¿Qué piensan hacer conmigo? —preguntó Pamela, cada vez más asustada.

—Se podrían hacer muchas cosas, todas ellas muy divertidas, pero no te tocaremos un pelo, porque el jefe no quiere.

—¿El jefe...?

—Sí, el hombre para el cual trabajamos.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—No te lo podemos decir, preciosa.

Pamela se mordió los labios.

—¿Qué quiere su jefe de mí? ¿Por qué les ha ordenado que me secuestren?

—Tu tío tiene mucho dinero, muñeca. Y el jefe quiere una parte de él.

—Piensa pedir un fuerte rescate por mí, ¿no es eso?

—Exacto —asintió Troy, que era el que llevaba la voz cantante.

El otro tipo, el llamado Archie, se limitaba a mirar a Pamela.

Y cómo la miraba...

Le estaba quitando la bata con los ojos y se lo estaba mordiendo todo. También con los ojos, claro.

Pamela guardó silencio.

Troy indicó:

—Vístete, preciosa. Nos vamos.

Pamela dio media vuelta y caminó hacia su dormitorio.

Como ya se temía, los tipos la siguieron.

Pamela entró en su habitación e hizo ademán de cerrar la puerta, pero Troy se lo impidió.

—Deja la puerta abierta, nena.

—No me vestiré si me están ustedes mirando.

—No tendrás más remedio, encanto. Si te niegas, tendremos que quitarte la bata nosotros y vestirme como si fueras una niña pequeña. ¿Prefieres eso, Pamela...?

La joven se estremeció perceptiblemente.

—Desde luego que no —respondió, en tono quedo.

—Vamos, vístete. Y no te preocupes por nuestras miradas. Ya te he dicho que el jefe nos prohibió tocarte, así que, aunque te veamos desnuda, nada te haremos.

Pamela se adentró en el dormitorio.

Su ropa seguía sobre la cama, tal y como ella la dejara, antes de entrar en el baño y ponerse bajo la ducha. De espaldas a los tipos, se despojó de la bata y se colocó rápidamente la blusa.

Troy y Archie posaron sus ojos en el erguido trasero de Pamela, apenas velado por el tenue pantaloncito de nilón.

—Eso es una grupa, muchacho —murmuró el primero, con voz ligeramente ronca.

—Y que lo digas —respondió Archie.

Pamela, que ya se había abotonado la blusa, cogió la falda y se la puso con prisas. Era amarilla y corta. La blusa era de color salmón, fresca y liviana.

Finalmente, se quitó las zapatillas y se colocó los zapatos, blancos y rojos, descubiertos, de alto y fino tacón.

Pamela miró el teléfono que descansaba sobre su mesilla de noche.

Sintió deseos de abalanzarse sobre él y marcar el número de la policía, pero no se movió.

Los tipos no se lo permitirían, caerían sobre ella en dos o tres segundos a lo sumo y la apartarían violentamente del teléfono. Si quería librarse de ellos, tendría que intentarlo por sí misma, sin esperar la ayuda de nadie, porque nadie podía ayudarla.

Y librarse de un par de gorilas como aquéllos, no era nada fácil.

De pronto, oyó la voz de Troy:

—¿Estás lista, muñeca?

Pamela se volvió lentamente y respondió:

—Sí.

—Vámonos, pues.

Pamela movió las piernas y salió de la habitación, firmemente decidida a intentar escapar de los tipos antes de que éstos la metieran en su coche, porque entonces ya no tendría la menor posibilidad.

CAPÍTULO IV

El golpe bajo que Rock *Garras de Acero* propinara a Max *el Dragón*, con escaso disimulo, había provocado las iras del público que llenaba a tope el Catch Stars.

Los insultos le llovían a Rock Tutle, pero éste hacía oídos sordos y seguía estrujando el cuerpo de Max Bonner sin la menor piedad.

—¡Te voy a quebrar todos los huesos, Dragón!

Max, aunque todavía no se había recuperado totalmente del golpe recibido, luchó por zafarse de la terrible presa que acababa de hacerle su sucio rival.

Tenía que librarse rápidamente de él, o lo de ir directamente al hospital aquella noche, sería un hecho.

Chips Cargill pensaba lo mismo que su luchador, así que, agarrado a las cuerdas que rodeaban el cuadrilátero, gritó:

—¡Libérate de él, Max! ¡Escabúllete o te triturará!

Bonner realizó un titánico esfuerzo y consiguió darle la vuelta a su cuerpo, elevando totalmente sus piernas y cayendo sobre Tutle, que lanzó un bramido de dolor y le soltó.

El Dragón se irguió de un salto, alegrando a su cuidador y al público, que le aplaudió con ganas y le pidió que vapuleara a Garras de Acero.

Rock se estaba incorporando ya, rabioso, pero no llegó a erguirse totalmente, porque Max voló como un pájaro y le golpeó en el pecho con ambos pies.

Garras de Acero rugió y cayó de nuevo sobre la lona.

Max también cayó, pero se levantó con rapidez, dio un gran salto, y sus botas cayeron nuevamente sobre el cuerpo de su rival, que en ese momento yacía boca abajo, por lo que recibió el golpe en la espalda.

Rock relinchó de dolor y se revolcó por la lona, para júbilo de los espectadores, de Chips *el Marciano*, y del propio árbitro, que ya había dejado de saltar a la pata coja y celebraba enormemente los golpes que Max *el Dragón* le estaba propinando a su adversario.

Max dejó que Rock diera vueltas por la lona y se acercó al árbitro, con una ligera sonrisa en los labios.

—¿Cono va su pie, juez?

—Mejor, gracias.

—Me alegro.

—Siga con Rock, Max.

—¿Se encuentra usted en condiciones de dirigir el combate, juez?

—Desde luego. Cojearé un poco de la pierna izquierda, pero eso no me impedirá hacer sonar el silbato cuando sea necesario.

—Bien —sonrió Max, y fue hacia Rock, que acababa de ponerse en pie, hecho una furia.

—¡Te voy a hacer pedazos, Dragón! —rugió Garras de Acero, y saltó sobre él.

Se reanudó el combate, para satisfacción del público, que nuevamente animó a Max y vibró con los golpes que éste propinaba a su rival.

Rock, al igual que antes, tenía más interés en atrapar a su adversario que en devolverle los golpes, pero la extraordinaria agilidad de Max evitaba que su rival pudiera cazarle con sus manazas.

Garras de Acero hizo algo muy propio de él.

¡Le soltó un zarpazo a la cara a su contrincante, buscándole los ojos, y lo cegó momentáneamente!

Max dio un rugido y se llevó ambas manos al rostro.

Rock aprovechó ese momento para golpearle en el estómago, duramente.

El Dragón se encogió, rugiendo de nuevo.

Garras de Acero lo agarró del pelo y tiró de él, lanzándolo contra las cuerdas, en donde Max rebotó como un muñeco, cayendo luego sobre la lona.

La bronca del público era tremenda, pero Rock parecía no oírlos, como tampoco el silbato del árbitro, quien, dicho sea de paso, no lo hacía sonar demasiado fuerte, por temor a las represalias de Rock

Garras de Acero.

Rock pateó a Max y luego se echó sobre él, haciéndole otra terrible presa.

—¡Esta vez no te escaparás, Dragón! ¡No te voy a dejar un solo hueso sano!

Max tenía los ojos llorosos y enrojecidos, pero ya podía ver de nuevo con ellos. Empezó a luchar por librarse de su adversario, pero éste le colocó una rodilla entre los muslos y comenzó a presionar disimuladamente.

El Dragón aulló cuando la rodilla de Garras de Acero aplastó sus genitales, causándole un dolor terrible.

Chips Cargill se dio cuenta de ello y se desesperó.

—¡Te lo advertí, Max! ¡Te dije que el bestia de Rock te haría «eso» si tenía ocasión!

Bonner ni siquiera oyó a su cuidador.

Se estaba ahogando de dolor, porque la rodilla de Rock Tuttle seguía incrustada entre sus muslos, presionando más y más sus órganos masculinos.

El árbitro se tendió sobre la lona, para estudiar mejor la presa que Rock *Garras de Acero* le había hecho a Max *el Dragón*, y descubrió que la rodilla del primero estaba aplastando los genitales del segundo.

Y claro, como eso no estaba permitido, hizo sonar su silbato repetidamente.

Y con fuerza, en esta ocasión.

Rock, para que dejara de molestarle, estiró la otra pierna y golpeó con su pie la cara del juez, haciendo que la cosa pareciera accidental.

La patada hizo que el pobre árbitro sintiera el silbato en su paladar y estuviera a punto de tragárselo. Se puso a toser como una mula acatarrada, lo que le ayudó a escupir el silbato.

Por fortuna, la acción del marrullero de Rock sirvió para que Max aprovechara ese momento, el de la proyección de la pierna del luchador hacia la cara del juez de la pelea, para girar su cuerpo bruscamente e invertir sus posiciones.

Ahora, Max estaba arriba y Rock debajo, aunque éste seguía sujetándole. Pero ya no tenía la rodilla incrustada entre los muslos de Max, quien, sin pensárselo dos veces, proyectó el talón de su

bota derecha hacia el bajo vientre de su rival, pillándole de lleno sus atributos masculinos.

Garras de Acero lanzó un terrible alarido y soltó instantáneamente a su adversario, que aprovechó el momento para apartarse de él y quedar fuera del alcance de sus manazas.

Una precaución innecesaria, porque Rock utilizó sus manos para agarrarse lo que tanto le dolía, mientras se retorció sobre la lona sin dejar de aullar.

Max se irguió, aunque con alguna dificultad, porque también a él le seguían doliendo los genitales.

—¡Menos mal! —exclamó Chips Cargill, que había llegado a pensar que su luchador no podría librarse de Rock *Garras de Acero* e iba a perder el combate.

Los aficionados ovacionaron a Max, quien, encogido, se agarraba a las cuerdas.

—¡Animo, Dragón!

—¡Dale su merecido a ese cerdo!

—¡Destrózalo!

Max miró al árbitro, que gateaba cómicamente por el *ring*, buscando su silbato. Después, desvió sus ojos hacia Rock *Garras de Acero*, que estaba tratando de incorporarse.

Sus miradas se encontraron.

Más que mirarse, se electrocutaron mutuamente con los ojos.

—Reza si sabes, Garras —dijo Max, roncamente, y fue hacia él.

—¡Bastardo! —Ladró Rock, que se agarraba el negro *slip* con la mano izquierda.

Se reanudó la pelea.

Rock intentó atrapar a Max, pero éste la emprendió a golpes con él y consiguió derribarlo. Y, antes de que Garras de Acero pudiera levantarse, le agarró un pie y se lo retorció, arrancándole un largo aullido.

Para evitar la fractura del tobillo, Rock hizo girar su corpachón y quedó boca abajo, momento que aprovechó Max para saltar sobre sus riñones y pateárselos.

Los gritos de júbilo de los aficionados ahogaron literalmente los chillidos de dolor que daba Rock Tuttle.

Max Bonner se cansó de saltar sobre los riñones de su adversario y en el último salto cayó sobre las orejas de Rock *Garras de Acero*.

Casi se las arranca las dos de cuajo.

Max saltó hacia adelante y permitió que su rival se revolcara por el *ring*, agarrándose las orejas y dando alaridos.

El público vibraba como nunca.

Max miró de nuevo al árbitro, que ya había localizado su silbato, aunque fingía no verlo y seguía gateando por el cuadrilátero, para no tener que intervenir.

El juez vio que Max lo miraba y le guiñó el ojo, como diciendo: «Sigue vapuleando a ese marrano de Rock, que no seré yo quien te detenga, hagas lo que hagas».

Max entendió y sonrió.

Después, se acercó a Rock, lo agarró del pelo, y lo arrastró por la lona, entre las carcajadas y los aplausos del público. Lo llevó junto a las cuerdas y lo inmovilizó con ellas.

Garras de Acero quedó sentado en el *ring*, perfectamente sujeto, Max tomó carrera y se lanzó contra él, con los pies por delante.

El pechazo de Rock resonó al recibir el golpe y el luchador bramó de dolor.

Max repitió la acción un par de veces más, golpeándole la última con la cabeza, que casi saca por la espalda de su rival.

Después, lo soltó, lo levantó como si no pesara más de cincuenta kilos, y lo arrojó fuera del *ring*.

Fue ya el delirio.

El público, puesto en pie, aplaudía y vitoreaba a Max *el Dragón*, mientras Rock *Garras de Acero* se movía débilmente en el suelo, entre gemidos, atendido por su cuidador.

El árbitro se apresuró a levantar el brazo de Max, proclamándole ganador del combate, y la ovación de los espectadores hizo temblar el recinto deportivo.

CAPÍTULO V

Como la televisión seguía funcionando, Pamela Seymour se detuvo y miró hacia el *living*.

—Habrá que apagar el televisor, ¿no? —dijo.

—Sí, claro —respondió Troy, al tiempo que la cogía del brazo, como si intuyera que la muchacha tenía intención de escapar—. Apágalo tú, Archie.

—Vale —contestó su compañero, caminando hacia el *living*.

Pamela maldijo para sus adentros cuando Troy la cogió del brazo, porque pensaba echar a correr en cuanto Archie alcanzase el *living*. Así, sujeta por Troy, no podía hacerlo.

A menos que...

Pamela no lo dudó.

Tenía que obligar a Troy a que la soltara.

Y era mejor intentarlo ahora que Archie se hallaba distanciando.

Pamela levantó la pierna derecha con disimulo y descargó el fino tacón de su zapato sobre el pie izquierdo de Troy, tomando como objetivo los dedos del tipo.

El matón aulló cuando el afilado tacón se incrustó en su zapato, triturándole un par de dedos. El dolor fue tan terrible, que soltó inmediatamente el brazo de la sobrina de Lionel Waring.

Pamela ya estaba proyectando su puño izquierdo hacia la cara del gorila. Un puño pequeño, claro, tratándose de una mujer, pero como fue a golpear justamente en el ojo derecho del tipo, el puñetazo resultó sumamente efectivo.

Prueba de ello, es que Troy cayó al suelo, aullando de nuevo.

Archie, que ya estaba desconectando el televisor, se volvió cuando Troy aulló por primera vez.

—¿Qué diablos...?

Vio que Pamela le estaba clavando el tacón de su zapato en el pie a Troy. Y vio, también, el certero puñetazo que la muchacha le soltó a su compañero, derribándolo.

Archie salió como una bala del *living*.

Pamela corría ya también hacia la puerta.

—¡Deténte o disparo! —amenazó Archie.

Pamela giró un instante la cabeza, descubriendo que el tipo ni siquiera había sacado su arma, por lo que no se detuvo. Alcanzó la puerta, abrió, y...

No pudo salir del apartamento.

Archie había saltado sobre ella como una pantera, cayendo los dos al suelo. Y, mientras Pamela se preocupaba de ponerse en pie lo antes posible, el matón se preocupó de cerrar la puerta de una patada.

Pamela ya había recuperado la vertical, pero como no podía salir del apartamento si antes no golpeaba a Archie y lo dejaba tan inútil como a Troy, atrapó velozmente la silla que tenía en el recibidor, la levantó, y la descargó sobre la cabeza del matón.

Archie levantó los brazos y se protegió la testa con ellos.

—¡Maldita! —barbotó, cuando recibió el silletazo.

Pamela elevó de nuevo la silla, para repetir el golpe, pero el tipo le engatilló las piernas y la hizo caer. La joven gritó y soltó la silla, que se estrelló también contra el suelo.

Archie quiso saltar sobre Pamela, que había quedado con las piernas levantadas, exhibiéndolas totalmente, pero la muchacha disparó ambos pies a la vez y los estrelló contra la cara del tipo.

El matón rugió de dolor y cayó de espaldas, llevándose inmediatamente la mano a la boca, que ya despedía sangre, porque uno de los tacones de Pamela había penetrado en ella como una cuña, destrozándole los labios y arrancándole un par de dientes, amén de dejarle otros tres bailando.

Archie escupió las dos piezas dentales, mientras se revolcaba por el suelo. Pamela, por su parte, se irguió con prontitud y se dispuso a abrir la puerta de nuevo, pero, justo en ese momento, se escuchó un sordo zumbido y en seguida un chasquido.

A Pamela se le pusieron todos los pelos de punta.

Se había quedado muy quieta, contemplando con ojos agrandados la bala que acababa de incrustarse en la puerta. Ella

había producido el chasquido, al clavarse en la madera.

La joven volvió la cabeza lentamente.

Troy la estaba apuntando con una pistola automática provista de silenciador. Por eso el disparo no había sonado, escuchándose solamente un sordo zumbido.

El matón, que estaba sentado en el suelo, agarrándose el pie lastimado con su mano izquierda, y tenía el ojo derecho totalmente cerrado, a causa de la hinchazón, miró con odio a la muchacha, con su ojo sano, y advirtió:

—Si abres esa puerta, la próxima bala se incrustará en tu espinazo, te lo juro.

Pamela no dudó de que el tipo apretaría el gatillo si ella no obedecía, así que continuó quieta. Había palidecido y las piernas le temblaban ligeramente.

Estaba perdida.

Su intento de fuga había fracasado y se hallaba convencida de que los matones, después de lo ocurrido, tomarían las medidas oportunas para evitarse nuevas sorpresas y le resultaría imposible repetir el intento.

Lo que más la asustaba, sin embargo, eran las posibles represalias de los tipos.

¿Intentarían cobrarse los golpes que ella les había propinado...?

Pamela se temía que sí.

Y, más que asustada, se hallaba aterrorizada.

* * *

Archie había dejado de dar vueltas por el suelo, pero seguía agarrándose la destrozada boca y lanzaba un gemido tras otro, con los ojos apretados.

Troy se incorporó lentamente, sin dejar de apuntar a Pamela Seymour con su pistola, y ordenó:

—Apártate de esa puerta, morena.

Pamela obedeció, retirándose un par de metros de la salida del apartamento. Troy, cojeando sensiblemente, se acercó a su compañero y preguntó:

—¿Cómo te sientes, Archie?

Éste abrió los ojos y retiró la mano de sus ensangrentados labios.

—¡Mira cómo tengo la boca! ¡Esa perra me la destrozó de una patada!

Troy sintió un escalofrío al fijarse en los estragos que el tacón de Pamela había causado en la boca de su compañero.

—La tienes muy mal, es verdad. Pero no creas que yo estoy mucho mejor. Tengo un pie triturado y no puedo abrir el ojo derecho. La chica es un demonio —masculló, mirando de nuevo a la sobrina de Lionel Waring.

—¡Se lo haremos pagar! —Ladró Archie, irguiendo el torso con brusquedad.

Miró también a Pamela.

Y lo hizo de una forma que la muchacha sintió un frío intenso por todo el cuerpo.

Archie se puso en pie.

—Vas a lamentar lo que has hecho, preciosa —dijo, y dio un paso hacia ella.

Pamela se sintió desfallecer de pánico.

Por suerte para ella, Troy agarró del brazo a su compañero y lo detuvo.

—Espera, Archie.

—¿Qué pasa?

—El jefe no quiere que toquemos a la chica.

—¡Me importa un nabo!

—A mí también me gustaría ponerle las manos encima, te lo aseguro, pero no quiero problemas con el jefe. Y los tendremos, si nos divertimos con ella.

—¡Tenemos la excusa de que la chica nos golpeó, Troy! ¡Y pruebas de que lo hizo, así que el jefe no podrá recriminarnos! ¡Dirá que ella se lo buscó!

Troy vaciló.

Pamela, angustiada, creyó que Troy se iba a dejar convencer por su compañero y advirtió:

—¡Si me ponen las manos encima, se lo contaré a su jefe! ¡Y añadiré muchas cosas por mi cuenta!

—¡Zorra! —Ladró Archie, dando otro paso hacia ella.

Por fortuna, Troy tiró de él y lo obligó a retroceder.

—Quieto, Archie.

—¡Suéltame, Troy! ¡Quiero darle una lección a esa arpía!

—¡No nos conviene, compréndelo de una maldita vez! ¡Si le tocamos un dedo, dirá que le tocamos los cinco! ¡El jefe creará todo lo que la chica le cuente y montará en cólera!

Archie bufó, pero desistió de vengarse de Pamela.

—¡Está bien, tú ganas!

Troy lo soltó, se acercó a la sobrina de Lionel Waring, y la agarró del brazo, con fuerza.

—Nos vamos, muñeca. Y como vuelvas a intentar algo, no vivirás para contarlo, te lo garantizo.

Pamela ahogó un gemido de dolor, porque la mano del tipo le estaba haciendo daño en el brazo, pero no dijo nada.

—Abre la puerta, Archie —indicó Troy.

Su compañero obedeció y salieron los tres del apartamento metiéndose rápidamente en el ascensor. Archie pulsó el botón de bajada y el artefacto mecánico descendió con rapidez.

No había nadie en el portal.

Frente al edificio, aguardaba un Chevrolet negro, con un tipo sentado al volante, tan corpulento como Troy y Archie. Pamela fue obligada por Troy a entrar en la parte trasera del vehículo, entrando seguidamente él.

Archie entró por el otro lado, quedando la muchacha entre él y Troy.

El tipo que estaba al volante, al fijarse en la boca de Archie y en el ojo derecho de Troy, puso una cara realmente cómica.

—¿Qué ha pasado...?

—Olvídate de las preguntas y pon el coche en marcha, Buddy —gruñó Troy.

El llamado Buddy obedeció y el Chevrolet arrancó, alejándose rápidamente del edificio en donde vivía Pamela Seymour.

CAPÍTULO VI

Troy seguía esgrimiendo su automática, pero había soltado el brazo de Pamela Seymour, lo que supuso un gran alivio para la muchacha, que continuaba pálida y temblorosa.

El ojo derecho del matón se había hinchado aún más y se había vuelto oscuro, lo que le daba un aspecto realmente siniestro a su cara. Y lo mismo sucedía con la boca de Archie, cuyos labios parecían salchichas, sólo que amoratadas.

Buddy los observaba a los dos a través del espejo interior del coche, pero no se atrevía a hacer preguntas. Comprendía que el horno no estaba para bollos.

De pronto, Troy se metió la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un capuchón negro.

—Ponte esto —ordenó, dejándolo sobre los muslos de Pamela, que la breve falda cubría escasamente.

La joven cogió el capuchón y comprobó que no tenía orificio alguno.

—¿En la cabeza? —preguntó.

—¡Claro!

—No veré nada.

—¡De eso se trata!

Pamela titubeó.

Le asustaba no ver nada.

Y más, teniendo tan cerca a Troy y Archie.

—¿Prefieres que te lo ponga Archie...? —preguntó Troy.

—No —respondió al instante la joven, y se colocó el capuchón, procurando dejar un resquicio por abajo.

De nada le sirvió, porque Troy tiró del capuchón hacia abajo, bruscamente, y el resquicio desapareció.

La acción del tipo hizo respingar a Pamela, que se puso tensa como la cuerda de un arco, pensando que las manazas de los tipos iban a caer de un momento a otro sobre sus muslos y sobre su pecho.

Afortunadamente, los segundos fueron pasando y nada sucedía, por lo que la tensión de la muchacha fue remitiendo poco a poco. Seguía, naturalmente, asustada por lo de su secuestro, pero más tranquila con respecto a las intenciones de Troy y Buddy.

Estaba casi convencida de que no intentarían nada con ella, aunque llevase puesto el negro capuchón y no pudiese ver. La amenaza de contárselo todo a su jefe, exagerando la nota, había sido una gran idea.

Mientras tanto, el Chevrolet negro seguía rodando por las calles de Chicago, en dirección al lugar en donde Pamela Seymour debería permanecer secuestrada.

¿Hasta cuándo...?

Pamela no tenía la menor idea, aunque confiaba plenamente en su tío.

La quería mucho y no dudaría en pagar el rescate, por elevado que fuera. Estaba segura de ello.

De lo que ya no estaba tan segura, es de que los tipos la dejaran en libertad una vez cobrado el rescate. Podían retenerla y pedir más dinero.

O eliminarla, para que no pudiese dar detalles de su secuestro a la policía...

Este último pensamiento hizo que Pamela se estremeciera.

Había visto las caras de sus secuestradores.

Conocía, incluso, sus nombres.

Podían ser falsos, claro, pero...

Pamela se retorció los dedos nerviosamente.

Recordó la película que estaba viendo por televisión y lo que en ella le pasaba a la protagonista. Era todo ficción, desde luego, pero a la vista estaba que esas cosas podían suceder en la vida real.

A Pamela le estaba ocurriendo ya.

Se hallaba en poder de unos tipos sin escrúpulos, los tipos tenían un jefe, el jefe quería pedir un fuerte rescate por ella, y tal vez no se conformara con ello.

¿Intentaría aprovecharse, como el jefe de los gangsters en la

película...?

¿La forzaría...?

El terror de Pamela se acentuó.

La protagonista de la película, con toda seguridad, sería salvada en el último momento por el protagonista, el valiente y audaz policía, que daría su merecido a los gangsters.

Ella, en cambio, no tenía quien la rescatara.

No conocía a ningún policía.

Si el jefe de los secuestradores decidía abusar de ella, tendría que defenderse por sí misma.

* * *

Max Bonner había descendido ya del *ring*, entre los aplausos del público, que repetía su nombre de guerra a coro, una y otra vez.

—¡Dra-gón! ¡Dra-gón! ¡Dra-gón!

El luchador saludó con el brazo y caminó hacia los vestuarios, acompañado de Chips Cargill, que se veía más jubiloso que nadie.

Rock *Garras de Acero* seguía tirado en el suelo, cerca del cuadrilátero, gimoteando, mientras Phil Lewis se esforzaba inútilmente por aliviarle los dolores y devolverle las fuerzas, las suficientes al menos para que pudiera incorporarse y caminar hacia los vestuarios.

Max *el Dragón* y su cuidador alcanzaron los vestuarios y se metieron en ellos, pero los espectadores siguieron ovacionando al luchador, enfervorizados, porque habían disfrutado como enanos.

Ya en su vestuario, Max se despojó de la bata y se sentó en la mesa de masaje.

—Quítame las botas, Chips —pidió, con una ligera mueca de dolor.

Su cuidador se arrodilló y empezó a aflojarle los cordones.

—¿Cómo te sientes, Max?

—Bien.

—¿Seguro?

—Bueno, me duelen un poco los genitales, pero me consuela saber que a Rock le estarán doliendo más que a mí. Los genitales... y todo lo demás, porque le he zurrado la badana a base de bien.

—¡Y que lo digas! —asintió Chips, riendo—. ¡Le has dado la

paliza del año a ese marrano! ¡Y al final lo arrojaste del *ring*...!

Max sonrió.

—Se lo merecía, por sucio y por marrullero.

—¡Fue fantástico, de veras!

Max, que ya tenía los pies desnudos, se bajó de la alargada mesa, se despojó del rojo *slip* de luchador, y fue hacia la ducha. Se colocó debajo de ella y soltó el agua.

Mientras Max se duchaba, Chips le preparó la ropa.

De pronto, la puerta se abrió y un hombre, de unos cuarenta y ocho años de edad, irrumpió en el vestuario. Tenía las facciones agradables y vestía impecablemente. Era de estatura media, complexión delgada, y tenía el cabello gris.

Chips lo conocía.

Era Lionel Waring, el propietario del Catch Stars. Solía acudir al vestuario de Max Bonner, para felicitar a éste por su victoria. Admiraba profundamente al luchador, con el que, además, le unía una buena amistad.

Esta vez, sin embargo, Lionel Waring no parecía muy contento por el nuevo éxito de Max *el Dragón* frente a Rock *Garras de Acero*. Su rostro, en vez de reflejar alegría y satisfacción, denotaba preocupación, tristeza, nerviosismo.

Chips Cargill, dándose cuenta de ello, preguntó:

—¿Le ocurre algo, señor Waring...?

—¿Dónde está Max?

—En la ducha.

—Quiero hablar con él.

—¿No ha quedado contento de su combate con Rock *Garras de Acero*, señor Waring...?

Lionel forzó una sonrisa.

—Naturalmente que he quedado contento, Chips. Max ha estado sensacional.

—Pues su cara no denota satisfacción, precisamente... —observó el cuidador de Max Bonner.

—Lo sé. Pero mi expresión no tiene nada que ver con el combate de Max. El motivo de mi disgusto, es otro.

—¿Tiene problemas, señor Waring?

—Si, uno. Y gordo.

—Max no tardará en salir. Lleva ya algunos minutos bajo la

ducha.

—Bien.

Max Bonner, efectivamente, no tardó en aparecer, con la toalla enrollada a la cintura.

—Hola, señor Waring —sonrió el luchador.

—Enhorabuena, Max —dijo Lionel, tendiéndole la mano.

Bonner se la estrechó.

—Gracias, señor Waring.

—Has estado magnifico, de veras. Un combate duro y violento, por culpa de Rock Tuttle, con un final realmente espectacular. Los aficionados tardarán en olvidarlo.

—Eso es bueno para todos.

El rostro de Lionel Waring se ensombreció.

—Tengo un problema, Max —confesó.

—¿Qué ocurre, señor Waring?

—Se trata de Pamela, mi sobrina. ¿Te he hablado alguna vez de ella?

—No.

—Es una joven encantadora, Max. Bonita, esbelta, simpática, cariñosa... La quiero como si fuera mi hija.

—¿Le ha pasado algo a su sobrina, señor Waring?

Lionel asintió levemente con la cabeza.

—La han secuestrado, Max.

—¿Secuestrado...?

—Sí, esta misma noche. Acaban de comunicármelo por teléfono. Y los secuestradores piden medio millón de dólares por su rescate. Si no les entregó el dinero en un plazo de veinticuatro horas, la matarán —informó Lionel.

CAPÍTULO VII

Max Bonner cambió una mirada con Chips Cargill.

El cuidador encanutó los labios y largó un silbido.

—¡Medio millón de dólares...! —exclamó a continuación, con los ojos muy abiertos.

Max *el Dragón* miró de nuevo a Lionel Waring.

—Es mucho dinero, señor Waring.

—Lo sé.

—¿Dispone usted de medio millón de dólares?

—Sí.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Pagar el rescate o informar a la policía?

Lionel movió la cabeza.

—No, la policía no debe intervenir, Max. Los secuestradores me lo advirtieron. Si doy cuenta a la policía, asesinarán a Pamela. Y no me lo perdonaría nunca.

—¿Entonces...?

—No me importa pagar el rescate, Max. La vida de mi sobrina no tiene precio para mí. Lo que me preocupa, es lo que pueda sucederle a Pamela. Me preocupa... y me asusta. Como te dije antes, es una chica guapa y atractiva. Y temo que los tipos... Me entiendes, ¿verdad?

—Sí —asintió el luchador.

—Quiero proponerte algo, Max.

—Le escucho, señor Waring.

—Si me devuelves a Pamela, sana y salva, te entregaré cien mil dólares.

—¿Devolvérsela...?

—Sé dónde la tienen los secuestradores. Pero yo no puedo rescatarla. No poseo tu fortaleza, Max. Ni tu experiencia en la

lucha. Por eso te pido que la rescates tú.

Max Bonner y su cuidador volvieron a mirarse, claramente sorprendidos. Y fue Chips *el Marciano* quien preguntó:

—¿Cómo es que sabe usted dónde tienen los secuestradores a su sobrina, señor Waring...?

—Conozco al tipo que planeó el secuestro, Chips —respondió Lionel.

—¿De veras? —preguntó Max.

—Se llama Eric Maslow y vive en las afueras de Chicago, en una hermosa casa. Hace tiempo que conozco a Maslow. Y nunca me gustó, porque carece de escrúpulos. Es capaz de cualquier cosa con tal de conseguir lo que quiere. Por eso, cuando me propuso que formáramos sociedad, me negué rotundamente.

—¿Formar sociedad...? —repitió el luchador.

—Maslow sabe que el Catch Stars funciona muy bien y me proporciona importantes beneficios. Es un magnífico negocio y Maslow quiere entrar en él. Me ofrecía una suma tentadora por la mitad del negocio, pero, como ya te he dicho, la rechacé. Y a Maslow, claro, le sentó como un tiro. No llegó a amenazarme claramente, pero sí de una forma velada. Yo no hice caso. Y es que ni siquiera se me pasó por la imaginación que Maslow secuestraría a mi sobrina y me pediría medio millón de dólares por su rescate. De haberlo sabido, seguramente hubiera aceptado su proposición. O le hubiera vendido el Catch Stars. Cualquier cosa antes que permitir que Pamela cayera en sus manos. Desgraciadamente, ya no tiene remedio. Mi sobrina está en su poder y puede ocurrirle de todo si no acudes rápidamente en su ayuda, Max.

El luchador, tras unos segundos de reflexión, preguntó:

—¿Está absolutamente seguro de que lo del secuestro de Pamela es cosa de Eric Maslow, señor Waring?

—Sí, no tengo la menor duda.

—Mire que si se equivoca...

—No, sé que Pamela ha sido secuestrada por los hombres de Maslow.

—Está bien, me dejaré caer por la casa de Maslow.

El rostro de Lionel se iluminó.

—¿De veras, Max...?

—Sí, trataré de rescatar a su sobrina, señor Waring.

Lionel lo cogió por los poderosos hombros y se los apretó emocionadamente.

—Si lo consigues, recibirás cien mil dólares, no lo olvides.

—No quiero recompensa alguna.

—¿Eh...?

—Usted y yo somos amigos, señor Waring. Y los amigos no cobran los favores. Usted está en un apuro, necesita mi ayuda, y yo se la presto muy gustosamente.

—Pero...

—No se hable más del asunto. Explíqueme cómo llegar hasta la casa de Eric Maslow, mientras me visto.

Lionel no pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

—Eres un tipo fenomenal, Max. Siempre estaré en deuda contigo.

—Déjese de deudas y vayamos al grano. No hay tiempo que perder, señor Waring.

—Tienes razón —respondió el propietario del Catch Stars, y le explicó al luchador dónde se alzaba la casa de Eric Maslow, el supuesto responsable del secuestro de Pamela Seymour.

* * *

La habitación en donde Pamela Seymour permanecía encerrada, era pequeña y carecía de ventanas. Del techo, bastante bajo, pendía una bombilla que proyectaba una luz débil, pero suficiente, no obstante, para iluminar el cuarto.

Había una estrecha cama, una silla, un lavabo y un inodoro, todo ello en bastante buen estado. No había polvo ni suciedad en la pequeña habitación, por lo que Pamela dedujo que había sido limpiada horas antes de su secuestro.

La joven se había sentado en la cama, después de comprobar que la puerta del cuarto había sido cerrada con llave. Troy le había quitado el negro capuchón allí, dentro ya de la habitación, así que Pamela no sabía cómo era la casa ni dónde se alzaba.

No había podido ver nada.

Troy la sacó del coche y, siempre llevándola fuertemente sujeta del brazo, la hizo entrar en la casa y la condujo directamente a aquella reducida habitación, acompañado de Archie.

Durante el trayecto, los tipos no le habían puesto la mano encima, por miedo a las represalias de su jefe. Y precisamente en éste, en el jefe de los secuestradores, estaba pensando Pamela.

Temía que le hiciera una visita.

Una visita... y más cosas.

De ahí que Pamela hubiera decidido no dormir aquella noche.

Se echaría en la cama, sí, pero no pegaría ojo. Los mantendría los dos bien abiertos, por si el jefe de los secuestradores aparecía. No quería que la pillase dormida.

Pamela calculó que llevaría una media hora encerrada en aquella habitación, cuando, de repente, oyó ruido en la cerradura y la puerta se abrió.

La muchacha se puso instintivamente en pie y recibió así al tipo.

Estuvo a punto de dar un grito, porque el individuo se cubría la cabeza con un rojo capuchón, que disponía de dos orificios para los ojos y una raja para la boca.

—No te asustes, Pamela —dijo el sujeto, que iba en bata, muy lujosa, y zapatillas.

La joven no dijo nada.

Intuía que tenía ante sí al jefe de los secuestradores.

La visita que ella temía...

El tipo cerró la puerta y dio un paso hacia la muchacha.

Pamela también dio un paso, pero hacia atrás.

—¡No se me acerque!

El individuo se quedó quieto y sonrió.

Era alto y fuerte, aunque no tan corpulento como Troy, Archie y Buddy.

—¿Qué es lo que te asusta? —preguntó—. ¿El capuchón...?

Pamela no respondió.

El tipo explicó:

—Me lo he puesto para que no me veas la cara, Pamela. Pero no porque sea un hombre feo, ¿eh? Soy bien parecido y gusto a las mujeres, créeme. Si oculto mi rostro, es porque tengo intención de dejarte en libertad tan pronto como tu tío pague tu rescate. Y claro, si supieras quién soy, no podría dejarte libre...

—¿Es cierto que piensa soltarme?

—Te lo juro.

—¿Sin hacerme nada?

—¿Qué podría hacerte...?

—Sus hombres estuvieron a punto de abusar de mí.

—Pero no lo hicieron, ¿verdad?

—No, pero...

—Les prohibí que te pusieran la mano encima, Pamela. Si se aprovecharon en algún momento de ti, dímelo y les ajustaré personalmente las cuentas.

La sobrina de Lionel Waring se mordió el labio inferior.

El jefe de los secuestradores insistió:

—¿Se propasaron contigo, Pamela?

—No, la verdad es que no llegaron a tocarme. Deseaban hacerlo, para cobrarse los golpes que les di, pero se contuvieron para no tener problemas con usted.

El tipo sonrió de nuevo.

—Eres una chica muy brava, Pamela.

—¿Usted cree?

—Archie tiene una boca que da pena, Troy tiene un ojo a la funerala, y además cojea al andar, asegurando que tiene un par de dedos hechos puré. ¿Cómo pudiste hacerles todo eso...?

Pamela reprimió una sonrisa.

—Me defendí lo mejor que pude, pero no conseguí librarme de ellos.

—Me gustan las mujeres valientes.

—Gracias.

—Te dejo, Pamela. Es tarde y tienes que dormir. Echate en la cama y descansa tranquila. Nadie te molestará —aseguró el jefe de los secuestradores, y salió de la habitación, cerrando nuevamente la puerta con llave.

CAPÍTULO VIII

El deportivo rojo se había detenido entre los árboles, a prudente distancia de la hermosa casa de Eric Maslow, el hombre que, según Lionel Waring, había planeado el secuestro de su sobrina.

Las luces del coche estaban apagadas, pero los dos hombres que iban en él todavía no habían descendido del vehículo.

—Es allí —dijo Max Bonner, sentado al volante.

—Déjame que te acompañe, Max —pidió Chips Cargill, sentado junto al luchador.

—No, prefiero ir solo.

—Por favor.

—No insistas, Chips. Accedí a que me acompañaras, pero con la condición de que te quedarías en el coche. Y es lo que vas a hacer, esperarme aquí.

—Mi ayuda puede serte muy útil, Max —insistió el cuidador.

—Me serás más útil aquí.

—¿Esperándote en el coche, con los brazos cruzados...?

—Si fracaso, podrás avisar a Lionel Waring.

—¿Y de qué servirá que le avise, si tú ya estarás listo para criar gusanos?

Bonner lo miró.

—¿Sabes que eres único dando ánimos, Chips?

—¡Tú hablaste de fracaso, no yo! —recordó Cargill.

—No pienso fracasar. De todos modos, fracaso no significa necesariamente muerte. Los hombres de Maslow pueden atraparme y encerrarme.

—Sí, claro. Pero también pueden balearte. Esa gentuza suele llevar armas. Y no armas vulgares, sino impresionantes pistolas automáticas, con silenciador y todo. Y hasta es posible que tengan

modernas metralletas.

—Y un par de cañones:

—¿Cañones...? —Respingó el cuidador.

—Se ven desde aquí.

Chips *el Marciano* se dio cuenta de que su luchador le estaba tomando el pelo y soltó un par de tacos, antes de barbotar:

—¡Está bien, tómatelo a broma! ¡Es tu pellejo el que está en juego, no el mío!

Max *el Dragón* rió.

—Tranquilo, Chips. Verás como todo sale bien —dijo, y salió del coche.

Vestía una camiseta negra, de manga corta, que le ceñía el amplio torso, y un pantalón oscuro. Una indumentaria muy apropiada para colarse de noche en una casa.

Y, para poder hacerlo silenciosamente, se había puesto sus botas de luchador. Con ellas, sus pisadas quedarían perfectamente ahogadas. Y podría, además, moverse y saltar con una mayor agilidad, cuando llegase el momento de pelear.

Chips Cargill asomó su pelada cabeza por la ventanilla.

—¿Cuánto tiempo debo esperar, Max?

—Dame una hora. Y si transcurrido ese tiempo no he regresado con la sobrina de Lionel Waring, lárgate a toda prisa y comunícale a Lionel que he fracasado.

—De acuerdo —rezongó el cuidador.

—Volveré antes de una hora con la chica, no temas —prometió el luchador, y caminó sigilosamente hacia la casa de Eric Maslow.

* * *

Pamela Seymour se había echado en la estrecha cama, tal como iba.

Ni los zapatos se quitó.

Y es que no se fiaba demasiado de las palabras del jefe de los secuestradores. Lo cierto, sin embargo, era que había transcurrido otra media hora y nadie la había molestado.

¿Sería verdad que podía dormir tranquila...?

Pamela seguía teniendo sus dudas, pero cuando los párpados empezaron a pesarle, decidió quitarse los zapatos y dormir un poco.

Tenía el sueño ligero y confiaba en despertarse si la cerradura hacía ruido de nuevo.

No dejó los zapatos en el suelo, sino que los retuvo, uno en cada mano, cogidos por la puntera. Si se veía atacada, se defendería con ellos.

Antes de dormirse, encogió las piernas y se estiró la corta falda, para cubrir sus muslos todo lo posible. Un par de minutos después, penetraba en el mundo de los sueños.

Diez minutos más tarde, la cerradura emitía un leve ruido.

Pamela no se despertó.

Segundos después, la puerta empezaba a abrirse, lenta y silenciosamente. La sobrina de Lionel Waring, ajena al peligro que corría, siguió dormida.

Una cabeza asomó por el hueco, cubierta por un capuchón rojo.

Era el jefe de los secuestradores.

Había vuelto, y no con buenas intenciones.

Tras comprobar que Pamela estaba dormida, abrió un poco más la puerta y se coló en la pequeña habitación. Después, cerró la puerta, tan silenciosamente como la había abierto, y se acercó a la cama.

El hecho de que la muchacha se hubiera dormido con los zapatos en las manos, dispuesta a emprenderla a taconazos con el primero que se atreviera a molestarla, hizo sonreír al tipo.

Sus dedos, al quedarse dormida, habían perdido la fuerza y apenas rozaban las punteras de los zapatos, por lo que el jefe de los secuestradores pudo arrebatárselos los dos sin que ella se diera cuenta.

El tipo dejó los zapatos en el suelo, suavemente.

Después, levantó la faldita de Pamela hasta casi su cintura, descubriendo totalmente sus torneados muslos y el tenue pantaloncito blanco.

Los ojos del individuo brillaron lujuriosamente, pero sus manos, por el momento, continuaron quietas. Luego, empezó a desabotonar la delgada blusa de la muchacha, con mucho cuidado para no despertarla.

Pamela no se enteró de que el jefe de los secuestradores la dejaba con los pechos al aire. Los ojos del tipo se clavaron en los preciosos senos, que subían y bajaban lentamente, al compás de la

respiración, y volvieron a brillar de deseo.

El individuo no pudo resistir más y se inclinó sobre el pecho desnudo de la muchacha, depositando un beso en la cima del seno izquierdo, sobre el rojo y erecto pezón.

Pamela emitió un leve gemido y entreabrió los ojos, descubriendo al jefe de los secuestradores, que justo en aquel momento le aprisionaba el seno derecho con su mano y decía:

—Deseo hacer el amor contigo, Pamela.

La joven, con los ojos ya de par en par, chilló:

—¡No...!

El tipo se apresuró a sujetarle los brazos contra la almohada.

—¡No seas tonta, Pamela! ¡Te gustará!

—¡Suélteme, cerdo!

—¡Quieta! —ordenó el individuo, colocándose ya sobre ella.

Pamela se agitó y pataleó con furia, tratando de quitarse de encima al jefe de los secuestradores, pero no lo consiguió. Se había dado cuenta ya de que no tenía los zapatos en las manos, que tenía la blusa abierta de par en par, y la falda levantada hasta la cintura.

¡El tipo iba a violarla!

¡La haría suya!

¡Nadie podría impedirlo!

Pamela, con lágrimas ya en los ojos, suplicó:

—¡Por favor, no!

El individuo no hizo caso y empezó a besarla.

En el rostro, en el cuello, en los senos...

Pamela gritó con desesperación y redobló sus esfuerzos por librarse del jefe de los secuestradores, pero el tipo era fuerte y la tenía bien sujeta, así que nada consiguió.

Estaba perdida.

La protagonista de la película que había estado viendo por televisión contaba con la ayuda del protagonista, el valiente policía, pero ella no podía esperar ayuda de nadie.

Eso, al menos, pensaba Pamela.

Ella, claro, ignoraba que su tío había enviado a Max *el Dragón* con la misión de rescatarla y que el luchador se estaba colando ya en la casa de Eric Maslow por una ventana.

¿Llegaría a tiempo de impedir que el jefe de los secuestradores la forzara...?

Max Bonner se hallaba ya en el interior de la casa.

Había penetrado por la ventana silenciosamente y ahora, con paso cauteloso, avanzaba hacia el vestíbulo, cuyas luces permanecían encendidas.

Allí, en el vestíbulo, montaba guardia Buddy, el tipo que manejara el volante del Chevrolet negro. Estaba sentado en un sillón, con una pierna sobre la otra y la cabeza apoyada en el respaldo. Se había despojado de la chaqueta y exhibía su funda axilar, en la que descansaba una pistola automática con un silenciador enroscado al cañón.

Max lo vio y se lanzó hacia él a toda velocidad.

El matón respingó al descubrirle y saltó del sillón, al tiempo que se llevaba la diestra a la funda sobaquera.

El luchador cayó sobre él como un ciclón y le golpeó en ambos lados del cuello a la vez, con los cantos de sus manos. Fueron dos hachazos terribles y Buddy se dejó caer de rodillas, con los ojos desorbitados.

Max le soltó un mazazo en la cabeza y lo durmió en el acto.

El tipo quedó tendido de bruces en el suelo del vestíbulo.

Justo en ese momento, se escuchaba un chillido largo y angustioso, desesperado. Lo había emitido una garganta femenina y Max supo que la sobrina de Lionel Waring lo estaba pasando francamente mal en aquellos momentos.

Sin dudarle un segundo, el luchador echó a correr, orientado por el grito de Pamela Seymour, que le iba a conducir hasta ella.

CAPÍTULO IX

Cerca de la habitación en donde permanecía encerrada Pamela Seymour, había otro hombre de Eric Maslow. Se llamaba Colin y estaba sentado en una silla.

Al igual que Buddy, se había despojado de la chaqueta y exhibía su funda axilar, en la que reposaba una impresionante pistola automática, igualmente provista de tubo silenciador.

El tipo, tan alto y tan fornido como el resto de los hombres de Eric Maslow, fumaba un cigarrillo. Y lo hacía nerviosamente, porque sabía lo que estaba pasando en la pequeña habitación.

Oía los gritos de Pamela Seymour y se la imaginaba desnuda, recibiendo contra su voluntad los besos, los apretones y los mordiscos del jefe, que acabaría violándola.

¿O lo estaría haciendo ya...?

Colin, excitado, sintió deseos de levantarse de la silla, abrir la puerta un par de centímetros, y aplicar el ojo a la grieta, pero no se atrevió.

Si el jefe le sorprendía, se lo haría pagar muy caro.

De pronto, Colin oyó correr a alguien.

—¿Quién viene? —preguntó, aferrando la culata de su automática.

Max Bonner apareció.

Venía lanzado como un cohete.

Colin extrajo velozmente su arma, pero, antes de que pudiera apretar el gatillo, recibió un patadón en la mano y la pistola voló por los aires.

Un segundo después, el puño derecho del luchador restallaba en la cara del matón, que cayó de la silla.

Colin intentó levantarse, pero Max le pisó la nuca y le obligó a

estrellar su cabeza contra el suelo, con tanta violencia, que el tipo perdió el conocimiento instantáneamente.

En la pequeña habitación, Pamela Seymour seguía gritando desesperadamente. Max Bonner abrió la puerta e irrumpió en ella, descubriendo al tipo del capuchón rojo sobre la muchacha, encajado entre sus piernas, aunque, por fortuna, todavía no la había poseído. Ni siquiera le había arrancado el breve pantaloncito blanco.

El jefe de los secuestradores no había oído entrar al luchador, así que siguió besando y mordisqueando los túrgidos senos de la sobrina de Lionel Waring.

Pamela sí vio a Max Bonner y al instante dejó de gritar.

—¡Max *el Dragón*...! —exclamó, sin poderlo creer.

Lo conocía.

Lo había visto luchar una vez en el *ring* del Catch Stars y, aunque ella no era muy aficionada a la lucha libre, le entusiasmó, como a todos.

Su tío, por otra parte, le había hablado mucho de él.

Pamela lo había reconocido al instante, pero seguía dudando de que Max *el Dragón* se hallase realmente allí, en aquella habitación, dispuesto a librarla del hombre que pretendía violarla.

Cuando oyó pronunciar a la muchacha el nombre del famoso luchador de «catch», el jefe de los secuestradores respingó y levantó inmediatamente la cabeza del busto desnudo de Pamela.

—¿Cómo has dicho...?

No hizo falta que Pamela respondiera.

La respuesta se la dio Max Bonner, agarrándolo con sus fuertes manos y arrancándolo del cuerpo de la muchacha. Lo levantó por encima de su cabeza, sin demasiado esfuerzo, y lo estampó contra la pared, en donde el tipo rebotó como un muñeco, estrellándose seguidamente contra el suelo.

El jefe de los secuestradores gritó cuando chocó contra la pared, pero no cuando cayó al suelo, porque ya estaba inconsciente. Quedó inmóvil, con los ojos cerrados y la boca entreabierta.

En la caída, había perdido el rojo capuchón.

Era, efectivamente, Eric Maslow.

Max Bonner se volvió hacia la sobrina de Lionel Waring.

Pamela Seymour había erguido el torso, se había cerrado la blusa, y se había bajado la falda.

—¿Estás bien, Pamela? —preguntó el luchador.

—Sí —respondió la joven.

—Me llamo Max.

—Max el Dragón.

—¿Me conoces...?

—Le he visto luchar, Max. Y es usted extraordinario.

Bonner sonrió ligeramente.

—Me envió tu tío, Pamela.

—¿Con la misión de rescatarme...?

—Sí.

—¿Y cómo sabía él que yo me encontraba en esta casa...?

—Cuando le dijeron que habías sido secuestrada, sospeché inmediatamente de Eric Maslow. Es un viejo conocido de tu tío. Un tipo sin escrúpulos, capaz de cualquier fechoría —respondió el luchador, mirando al jefe de los secuestradores, que seguía tirado en el suelo, sin conocimiento.

Pamela miró también a Maslow.

—Tenía intención de violarme, el muy puerco.

—Ya lo vi.

—Y lo hubiera conseguido, de no haber intervenido usted tan oportunamente, Max.

—Me alegro de haber llegado a tiempo.

—Todavía no le he dado las gracias, Max.

—Ya me las darás en el coche. Hemos de abandonar esta casa cuando antes. He dejado fuera de combate a dos de los hombres de Maslow, pero es posible que aparezcan más.

—Tiene razón, hemos de largarnos a toda prisa —respondió Pamela, saltando de la cama.

Para ganar tiempo, en vez de abotonarse la blusa se la anudó debajo de los senos. Luego, se colocó los zapatos con ligereza y se cogió de la mano del luchador.

—Cuando quiera, Max.

—Vamos.

Salieron de la reducida habitación.

Colin continuaba inconsciente.

Max y Pamela corrieron hacia el vestíbulo.

Buddy seguía tendido en el brillante suelo, sin conocimiento.

No había nadie más en el vestíbulo.

Max y Pamela se habían detenido un instante, pero, al ver que no había peligro, el luchador tiró de la muchacha y la llevó hacia la puerta.

Estaban ya a sólo un par de metros de ella, cuando Troy y Archie surgieron al fondo del vestíbulo, esgrimiendo sus armas.

—¡Alto! —ordenó el primero.

—¡Obedeced o disparamos! —amenazó el segundo.

Max y Pamela se habían quedado quietos.

Miraban a los matones y veían sus automáticas provistas de silenciador. Y el luchador no dudaba de que, si él y la sobrina de Lionel Waring intentaban ganar la puerta, los tipos dispararían.

Y tirarían a matar.

Pamela apretó con fuerza la ancha mano del luchador.

—Nos han atrapado, Max... —dijo, con débil voz.

—Eso parece —rezongó Bonner—. Pero no temas, Pamela. Seguiré luchando por tu libertad. Y también por la mía —prometió, mirando duramente a los dos hombres de Eric Maslow, que ya se aproximaban, sin dejar de apuntarles con sus pistolas.

* * *

Troy y Archie se detuvieron a unos metros escasos de Max Bonner y Pamela Seymour. Ambos matones se hallaban visiblemente sorprendidos, pues habían reconocido al famoso luchador de «catch» y no lograban explicarse su presencia en la casa.

Max, por su parte, también denotaba sorpresa, porque se estaba fijando en el ojo hinchado y achocolatado de Troy, quien además seguía cojeando sensiblemente al andar, y en la destrozada boca de Archie.

—¿Os atropelló un camión-cisterna, muchachos...? —preguntó con el objeto de distraer a los tipos.

—Muy gracioso —rezongó Troy.

—Fue cosa de ella —gruñó Archie, mirando a la sobrina de Lionel Waring.

—¿De Pamela...?

—Sí, ella nos dejó en este estado —masculló Troy—. Nos confiamos, por aquello de que era una mujer, y resultó ser una fiera.

—Me cuesta creerlo —sonrió levemente el luchador, al tiempo que desviaba los ojos hacia la muchacha.

—Es cierto, Max —confesó Pamela—. Me defendí lo mejor que supe, para evitar el secuestro, pero me amenazaron con una pistola y...

—Como ahora...

—Sí.

—Bueno, al menos les demostraste que sabes defenderte.

—No tan bien como tú. Dragón —dijo Troy.

—Me conocéis, ¿eh? —sonrió Max.

—Sí, te hemos visto pelear en el Catch Stars. Lo que no entendemos, es tu presencia en esta casa. ¿Qué pintas tú en todo esto, Dragón...?

—No me gustan los secuestros, así que vine a rescatar a Pamela.

—¿Y cómo diablos sabías tú que...?

—Tengo una bola de cristal.

Troy apretó los dientes.

—Conque una bola de cristal, ¿eh? —masculló.

—Así es.

—Nosotros te haremos hablar, Dragón. Ahora, caminad hacia la habitación en donde permanecía encerrada la chica. ¡Vamos, moveos! —ordenó Troy.

CAPÍTULO X

Max Bonner y Pamela Seymour echaron a andar, mientras Troy y Archie, precavidamente, se apartaban y mantenían la distancia que les separaba del luchador.

Sabían que sería peligroso ponerse al alcance de Max *el Dragón* y no querían verse sorprendidos por él. Y tampoco se fiaban un pelo de la sobrina de Lionel Waring, después de lo ocurrido en el apartamento de la muchacha.

Aunque no lo parecía, Max caminaba con todos los nervios en tensión, esperando la oportunidad de atacar a los tipos y desarmarles antes de que pudieran apretar el gatillo, aunque la prudencia de los matones le ponía las cosas difíciles.

Tan difíciles, que llegaron a la pequeña habitación sin que el luchador hubiera podido intentar nada. Troy y Archie no le habían dado la menor oportunidad.

Colin todavía no había recobrado el conocimiento, como tampoco Eric Maslow, lo que hizo rezongar a Troy:

—Les sacudiste duro, ¿eh, Dragón?

—Sólo lo necesario para que no molestaran —respondió Max, con ironía.

—Cuando el jefe despierte...

—No me gustaría estar en tu pellejo, Dragón —aseguró Archie.

—Ni en el de la chica —añadió Troy.

Pamela se estremeció visiblemente, recordando que había estado a punto de ser violada por Eric Maslow. Se libró de verse forzada gracias a Max, pero éste había sido atrapado y no podría defenderla si el jefe de los secuestradores intentaba nuevamente abusar de ella.

Y Pamela no dudaba de que Maslow lo intentaría de nuevo, porque era un cerdo y un canalla. Se lo había demostrado ya,

diciéndole que podía dormir tranquila, que nadie la molestaría, para que se confiara y poder sorprenderla dormida, como de hecho había sucedido.

Max pensaba lo mismo y seguía en tensión, esperando el más leve descuido de Troy y Archie para saltar sobre ellos, pero los matones no cometían ningún error.

De pronto, Troy dijo:

—Abraza a la chica. Dragón.

—¿Cómo?

—Que abracés a Pamela.

—Pero...

—Obedece o te hago un par de agujeros en la espalda.

El luchador miró a la muchacha.

—Haga lo que le dicen, Max —pidió Pamela—. No quiero que le maten.

—Está bien —respondió Bonner, y la rodeó con sus musculosos brazos, aunque sin apretar.

—Con fuerza, Dragón —exigió Troy.

Los brazos de Max apretaron el cuerpo de la muchacha, sintiendo los firmes senos de ella presionando sus costillas.

—Lo siento, Pamela —dijo.

—No se preocupe —respondió la joven.

—Ignoro lo que pretenden los tipos, pero...

—Bésala, Dragón —ordenó Troy.

—¿Qué?

—Que la beses, hombre. En la boca y con pasión. Si le das un beso de hermano, te partiré el espinazo de un balazo.

—Ya lo has oído, Dragón —habló Archie—. El beso tiene que ser de película.

—¿Puedo saber qué demonios pretendéis? —barbotó Max—. ¿Por qué queréis que yo...?

—No hagas preguntas y obedece —le cortó Troy.

Max y Pamela se miraron a los ojos.

—Tendré que besarte, Pamela —dijo el luchador.

—No me importa, Max —confesó la joven.

Bonner la besó.

En la boca y con pasión, como querían los tipos.

Pamela no tenía por qué devolverle el beso, pero lo hizo.

Archie emitió una risita y exclamó:

—¡Qué ración de bigote le está dando el Dragón a la chica, Troy!

—¡Y parece que a ella le gusta, Archie! —respondió Troy, riendo también.

—¡A la vista está que sí!

Max y Pamela siguieron estrechamente abrazados y con las bocas unidas. Tan a gusto se estaban besando, que ni siquiera habían oído los comentarios de los tipos.

En realidad, en aquel momento no se acordaban de que estaban atrapados y que su futuro inmediato no podía ser más negro.

Y eso, precisamente, quería Troy, para poder acercarse al luchador y atizarle un duro golpe en la cabeza, con su pistola.

Lo hizo.

Max emitió un ronco gemido y se desplomó, arrastrando a Pamela en su caída.

—¡Max...! —gritó la muchacha.

El luchador no pudo responderle.

Había perdido el conocimiento.

* * *

Max Bonner tardó unos quince minutos en volver en sí.

Cuando abrió los ojos, comprobó que se hallaba en la pequeña habitación, fuertemente atado, a la única silla que allí había. Los brazos, al respaldo; las piernas, a las patas delanteras. Y, antes de sentarlo en la silla y atarlo a ella, le habían despojado de la negra camiseta, por lo que estaba con el torso desnudo.

El luchador buscó con la mirada a Pamela Seymour, temiendo que los hombres de Eric Maslow se la hubiesen llevado.

—Pamela... —murmuró.

—Estoy aquí, Max —respondió la muchacha, que estaba sentada en la estrecha cama, pegada literalmente al cabezal, porque sus manos habían sido atadas a él, con el fin de que no pudiera aproximarse al luchador y aflojarle las ligaduras.

Bonner la miró.

—¿Te han hecho algún daño, Pamela?

—No.

—Menos mal.

—¿Cómo se siente usted, Max?

—Me duele bastante la cabeza.

—Troy le golpeó con su pistola, mientras me besaba. Le hizo perder el conocimiento.

El luchador apretó las mandíbulas.

—Así que lo del abrazo y lo del beso era para eso, ¿eh? Para poder golpearme a placer y dejarme fuera de combate sin ningún riesgo para él.

—Exacto.

—Muy astuto.

—Se cayó usted en redondo, Max. Y me hizo caer también a mí.

—Lo siento.

—No se preocupe. En realidad, valió la pena —aseguró Pamela, con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

—Que el beso estuvo muy bien, Max.

—¿Te gustó?

—Mucho.

Bonner sonrió.

—La verdad es que a mí también. Y creo que por eso me descuidé. Tenía que haber vigilado a los tipos por el rabillo del ojo, mientras te besaba y te abrazaba, pero...

—¿Pero?

—Me olvidé de todo.

—Igual que yo —confesó Pamela.

—Caro nos costó, porque ya ves en qué situación estamos.

—Poco más o menos, como antes del beso.

—No, ahora estamos atados.

—Y entonces nos apuntaban con un par de pistolas —repuso la muchacha.

—Prefiero eso y tener las manos libres.

—Creo que yo también. Si viene Maslow y empieza a tocarme, no podré defenderme —murmuró Pamela, estremeciéndose.

—Se lo llevaron Troy y Archie, ¿no?

—Sí, después de atarnos.

—¿Seguía inconsciente?

—Sí.

—Tendré que darme prisa, pues.

—¿Prisa?

—Tengo que soltarme antes de que Maslow vuelva en sí y se persone en esta habitación, con sus hombres.

—No podrá, Max. Troy y Archie lo ataron a conciencia.

—Ya veremos —rezongó el luchador, y tensó sus poderosos músculos.

Pamela vio cómo se le hinchaba el desnudo pecho, los hombros, el cuello...

Las ligaduras se clavaron en la carne de Max, pero éste resistió el dolor y siguió luchando con ellas.

Los asombrados ojos de Pamela se clavaron en el torso del luchador, porque el dragón alado que simulaba lanzar fuego por la boca se movía como si estuviera vivo.

—Es fantástico... —musitó.

Poco después, Max se tomaba un descanso.

La cara, el cuello, los brazos y el pecho le brillaban a causa del sudor, y su respiración era agitada, jadeante, lo que hacía que el tatuaje siguiera moviéndose.

Pamela se mordió los labios.

—No puede, ¿verdad?

—No he abandonado, Pamela. Sólo me estoy tomando un respiro —respondió el luchador, y volvió a la carga con renovadas fuerzas.

CAPÍTULO XI

Eric Maslow había sido trasladado al salón por Troy y Archie, y depositado, con todo cuidado, en el largo y mullido sofá. Había vuelto ya en sí, con la ayuda del par de matones, y no paraba de quejarse.

—¿Qué le duele, jefe? —preguntó Troy.

—¡Todo! —respondió Maslow, que contaba treinta y nueve años de edad.

Era un tipo bastante apuesto, pero como no dejaba de hacer caras feas, no lo parecía. Tenía el pelo oscuro, abundante y ensortijado.

—¿Dónde le golpeó el Dragón? —preguntó Archie.

—¡No me golpeó en ningún sitio! —Ladró Maslow.

Troy y Archie cambiaron una mirada, perplejos.

Después, el primero preguntó:

—¿Y cómo es que le duele todo...?

—¡Porque el Dragón me agarró, me levantó por encima de su cabeza, como si fuera un ligero almohadón de plumas, y me arrojó contra la pared con una fuerza terrible! —explicó Eric Maslow, agarrándose los riñones.

—¡Qué bestia! —exclamó Troy.

—¡Debió creerse que se encontraba en el *ring* del Catch Stars, luchando con Rock *Garras de Acero*! —dijo Archie.

—¡Seguro! —barbotó Maslow.

Colin y Buddy se hallaban también presentes.

Ambos habían sido reanimados por Troy y Archie, pero todavía acusaban los golpes recibidos. Colin tenía un moretón en la mandíbula y un enorme chichón en la frente, lo primero como consecuencia del tremendo puñetazo que le asestara Max *el Dragón*

y lo segundo producto del violento choque de su cabeza contra el suelo, cuando el luchador le pisó la nuca.

Buddy, por su parte, se masajeaba ambos lados del cuello, hinchados y enrojecidos por el par de hachazos que Max *el Dragón* le soltara, antes de asestarle el poderoso mazazo en la cabeza y dejarlo sin conocimiento.

El cuello le dolía, pero más aún la cabeza, en cuyo interior parecía sonar un tambor de manera ininterrumpida.

—Tenemos que vengarnos de Max *el Dragón*, jefe —masculó Colin.

—Sí, debemos cobrarnos los golpes recibidos —rezongó Buddy.

—¡Desde luego que nos los cobraremos! —exclamó Maslow—. ¡Le haremos derramar lágrimas de sangre!

Troy sonrió y dijo:

—Lo atamos fuertemente a la silla. Y con el torso desnudo, porque adivinamos que usted nos ordenaría torturarlo para hacerle cantar. No quiso decirnos cómo supo que la sobrina de Lionel Waring se encontraba en esta casa.

—¡Nos lo dirá! ¡Ya lo creo que nos lo dirá!

—Seguro, jefe —sonrió también Archie, aunque levemente, porque no podía estirar mucho sus hinchados labios—. En cuanto empecemos a aplicarle puros encendidos, hablará hasta el dragón alado que lleva tatuado en el pecho.

Las palabras de Archie hicieron reír a Troy, Buddy y Colin.

También Eric Maslow rió, pero más brevemente que ellos, porque sintió un terrible pinchazo en las costillas y no pudo reprimir un grito de dolor.

—¡Bastardo! —barbotó, cerrando los ojos apretadamente.

—¿Empezamos con Max *el Dragón*, jefe? —preguntó Troy.

—¡No, quiero estar presente! —respondió Maslow.

—Entonces, no podremos empezar a torturarlo hasta mañana —murmuró Archie.

—¡Te equivocas! ¡Estoy lleno de dolores, pero son tantas las ganas que tengo de ver sufrir al luchador, que voy a levantarme ahora mismo de este sofá e iré a la habitación con vosotros!

—¡Bravo, jefe! —exclamó Colin.

—¡Es usted un tío de verdad! —dijo Buddy.

—¡Nosotros le ayudaremos a levantarse, jefe! —habló Troy.

—¡Vamos, arriba! —dijo Archie.

—¡Con cuidado, muchachos! —rogó Maslow—. ¡Ay...! ¡Huy! ¡Aúuuu...!

Entre quejidos y muecas de sufrimiento, Eric Maslow fue levantado del sofá por sus hombres.

—¡No me soltéis, que me caigo! —gritó.

—Tranquilo, jefe —dijo Troy—. Archie y yo le llevaremos hasta la habitación del luchador y de la chica.

—Sí, apóyese en nosotros —dijo Archie.

—Gracias, muchachos.

Caminaron todos hacia la puerta del salón, Eric Maslow, muy despacio y haciendo una cara fea tras otra, porque le seguía doliendo todo el cuerpo.

* * *

En el interior del deportivo rojo, Chips Cargill se mordía nerviosamente las uñas. En realidad, lo que se mordía eran las yemas de los dedos, porque uñas no le quedaban ya.

El cuidador de Max Bonner consultó su reloj por enésima vez.

Estaba a punto de cumplirse la hora que el luchador le pidiera, ya que sólo faltaban un par de minutos.

—¡Maldita sea! —barbotó Chips *el Marciano*, y volvió a mirar la casa de Eric Maslow.

Todo seguía tranquilo, pero Max no regresaba con la sobrina de Lionel Waring. Ni con ella... ni solo.

Chips no podía ya con sus nervios.

Los tenía destrozados y era incapaz de esperar un solo minuto más, así que abrió la puerta y salió del coche, no sin antes coger el bate de béisbol que descansaba en el asiento de atrás.

—Voy en tu ayuda, Max —dijo, y caminó cautelosamente hacia la casa de Eric Maslow.

* * *

Max Bonner acababa de tomarse otro breve descanso.

Tenía la cara roja por el continuado esfuerzo y estaba bañado de

sudor.

Pamela Seymour, muy nerviosa, preguntó:

—¿Ceden las ligaduras, Max?

—Sí, poco a poco.

—¿De veras? —se alegró la muchacha.

—Un par de intentos más... y creo que saltarán.

—Si lo consigue, recibirá un premio de mi parte.

—¿En qué consistirá?

—¿Qué le gustaría a usted?

—A mí me gustas tú, Pamela.

—Entonces, dejaré que haga lo que quiera conmigo.

—¿Incluso el amor...?

—Si usted lo desea, pasaremos una noche juntos.

—Con un premio así, no hay ligaduras que se me resistan —
aseguró el luchador, y volvió a tensar sus duros músculos.

—¡Animo, Max! —exclamó Pamela, moviéndose nerviosamente
sobre la cama.

Pensaba que el luchador podía vencer la resistencia de las
cuerdas.

Y si lo lograba, podía salvarla.

Después, claro, tendría que pasar una noche con él. Lo había
prometido.

Y ella siempre cumplía sus promesas.

Aquella, desde luego, no supondría un sacrificio para Pamela.

Le gustaba Max.

Su forma de abrazarla.

Y de besarla...

Si tenía que hacer el amor con él, lo haría encantada.

Por eso siguió animándole.

—¡Continúe, Max! ¡No desfalezca! ¡Estoy segura de que puede
lograrlo! ¡Tan segura, que ya me veo en la cama con usted!

El luchador iba a responder, pero, justo en aquel momento, se
abrió la puerta y Eric Maslow y sus hombres entraban en la pequeña
habitación.

* * *

Max Bonner maldijo para sus adentros.

Unos minutos más, sólo unos pocos, y hubiera podido recibir a golpes a los gorilas de Eric Maslow.

No habían tenido suerte.

Lo mismo se decía Pamela Seymour, que no había podido reprimir un gemido de angustia al ver que Eric Maslow y sus hombres regresaban. Se había estremecido sobre la cama y el color había huido de sus mejillas.

Maslow la miró primeramente a ella, con una dureza que hizo que a Pamela se le erizara el vello.

—No llegué a poseerte, por culpa del bestia de Max, pero serás mía, te lo juro —masculló.

Pamela volvió a estremecerse, aún más profundamente que antes, pero siguió callada.

Eric Maslow clavó sus ojos en Max Bonner, descubriendo que tenía el rostro congestionado y que el sudor bañaba su musculoso torso, su cuello y sus brazos.

—Luchando por soltarte, ¿eh, Dragón? —dijo.

Max no respondió.

Maslow sonrió burlonamente y añadió:

—Por desgracia para ti, no lo has conseguido. Y digo desgracia porque mis hombres están ansiosos por ocuparse de ti, Dragón. Cuando queráis, muchachos —indicó.

CAPÍTULO XII

Buddy fue el primero en golpear al luchador, utilizando el puño derecho, cuyos nudillos le incrustó en el pómulo.

Max Bonner ladeó la cabeza, obligado por la contundencia del puñetazo, pero no se quejó, limitándose a apretar los dientes con rabia.

Colin entró en acción, estrellando su zurda en el mentón del luchador de «catch». Inmediatamente después, Troy hundía su puño diestro en el estómago de Max, que se encogió, no pudiendo en esta ocasión reprimir un rugido de dolor.

Por último, Archie le soltó un zurdazo al rostro y lo hizo sangrar por la comisura de la boca.

Pamela Seymour se encogía cada vez que Max Bonner recibía un puñetazo, como si acusara también los golpes. Estaba sufriendo mucho con el cobarde castigo que el bravo luchador estaba recibiendo por indicación de Eric Maslow.

No podía soportarlo, así que, tras el puñetazo de Archie, gritó:

—¡Basta! ¡No le golpeen más!

Maslow la miró.

—¿Qué te ocurre, preciosa? ¿No te complace el espectáculo...?

—¡Lo que están haciendo es una cobardía!

—Eso opinas, ¿eh?

—¡Sí!

—Pues es sólo el principio, guapa. Si Max *el Dragón* no nos dice cómo supo que te encontrabas en nuestro poder, mis hombres seguirán golpeándole hasta que se cansen. Y, cuando eso suceda, recurrirá a los cigarrillos.

—¿Cigarros...? —repitió Pamela, sin comprender.

—Sí, puros encendidos, cuyas brasas aplicarán al cuerpo del

luchador. En su cuello, en sus hombros, en su pecho... Por eso Troy y Archie lo despojaron de la camiseta.

Pamela se sintió desfallecer de horror.

—¡No pueden hacer eso! —gritó, con ojos dilatados.

—Claro que podemos.

—¡Dígales lo que quiere saber, Max!

El luchador movió la cabeza.

—No, Pamela. No les diré nada.

—¡Le quemarán con las brasas de los cigarros! ¿Es que no lo ha oído...?

—No importa.

—¡Si no se lo dice usted, se lo diré yo!

—Te lo prohíbo, Pamela.

Eric Maslow le soltó un duro revés.

—¡Tú no estás en condiciones de prohibir nada, bastardo!

Max lo miró acerbamente.

—Debí romperle la cabeza, Maslow.

Eric le dio otra bofetada.

—¡Casi me la rompiste, maldito!

—¡Por favor, deje de pegarle! —suplicó Pamela—. ¡Yo le diré lo que quiere saber, señor Maslow!

Eric la miró.

—Adelante, preciosa. Y si el Dragón vuelve a abrir la boca, cerrádsela de un castañazo, muchachos —indicó a sus hombres.

Max no dijo nada.

Pamela le refirió a Eric Maslow lo que le había contado el luchador.

El jefe de los secuestradores se volvió hacia Max Bonner.

—Así que Waring sospechó inmediatamente de mí, ¿eh? —rezongó.

—Sí —respondió el luchador.

—¿Y cuánto te ofreció por rescatar a su sobrina?

—Cien mil dólares.

Maslow encanutó los labios y largó un silbido.

—Por una suma así, se puede arriesgar el pellejo, ¿eh, Dragón?

—La rechacé.

—¿Cómo?

—Que no acepté los cien mil dólares. Lionel Waring es un buen

amigo y le presté mi ayuda desinteresadamente —explicó Max.

—¡No puedo creerlo!

—Es la verdad.

—Yo sí le creo, Max —dijo Pamela, con una suave sonrisa.

Maslow soltó una carcajada.

—¡Eres un estúpido, Dragón!

—Un tipo extraordinario, eso es lo que es —repuso la sobrina de Lionel Waring.

Maslow la miró.

—Le admiras, ¿eh, Pamela?

—Muchísimo.

—Cuando mis hombres se cansen de «trabajar» con Max *el Dragón*, ya no sentirás admiración por él, sino compasión, porque lo habrán convertido en una piltrafa.

Pamela Seymour tuvo un claro estremecimiento.

—¿Van a seguir golpeándole...?

—¡Naturalmente! —respondió Maslow—. Y, tras los golpes, los puros encendidos.

—¡Le he dicho lo que quería saber, señor Maslow!

—Es verdad. Pero Max golpeó duramente a Buddy y Colin. Y después, me estampó a mí contra la pared, como si fuera un muñeco. Me duelen todos los huesos, ¿sabes? ¡Y quiero vengarme!

—¡Le suplico que lo dejen en paz, señor Maslow!

—¡No!

—¡Max no puede defenderse! ¡Es una cobardía ensañarse con él!

—¡Continuad, muchachos! —indicó Eric Maslow, desentendiéndose de la sobrina de Lionel Waring.

Troy levantó el puño, para descargarlo sobre el rostro del luchador.

Pamela apretó sus pequeños puños con rabia y gritó:

—¡Es usted un canalla, señor Maslow! ¡Un cobarde, un puerco, un hijo de perra!

—¡Espera, Troy! —Ladró Eric, sujetando el brazo del matón antes de que éste le asestara el puñetazo a Max Bonner.

Pamela se asustó al ver la expresión del jefe de los secuestradores.

Y aún se asustó más cuando Maslow se le acercó.

Max adivinó que Pamela lo iba a pasar mal, por haber insultado

a Eric Maslow, y gritó:

—¡A ella no la toque, Maslow! ¡Hagan conmigo lo que quieran, pero dejen en paz a Pamela!

Eric pareció no oírle, pues agarró a la muchacha del pelo y la obligó a levantar la cabeza.

—Conque soy un canalla, un cobarde, un puerco, y un hijo de perra, ¿eh? —masculló.

Pamela no respondió.

Con la otra mano, Maslow soltó la blusa de la joven y la abrió totalmente, descubriendo sus hermosos pechos, en los que al instante se clavaron los ojos de Troy, Archie, Buddy y Colin.

Por un instante, la mirada de Max Bonner también se posó en el busto desnudo de Pamela Seymour, que seguía con la cabeza levantada, porque Maslow no le soltaba el pelo.

El luchador pensó que Eric Maslow iba a estrujarle los senos a la muchacha, pero se equivocó, porque las intenciones del jefe de los secuestradores eran mucho peores.

Lo supo cuando oyó decir a Maslow:

—Enciende un cigarro, Troy. Quiero aplicarle la braza en los pechos a la zorra de Pamela.

* * *

Chips Cargill se había introducido ya en la casa de Eric Maslow, por la misma ventana que utilizara Max Bonner. Con el bate de béisbol firmemente empuñado y paso cauteloso, caminó hacia el vestíbulo.

Justo cuando lo alcanzaba, escuchó gritos.

Guiado por ellos, el cuidador de Max *el Dragón* llegó hasta la pequeña habitación en donde permanecían encerrados el luchador y Pamela Seymour.

Chips pegó el oído a la puerta y escuchó.

Lo que oyó, le puso los pelos de punta.

Su primera intención, fue irrumpir en la habitación y emprenderla a golpes de bate con Eric Maslow y sus hombres, pero, como sería muy difícil que pudiera con todos, tuvo una idea mejor.

Llamar la atención de Maslow y sus matones.

Hacerlos salir de la habitación.

Cerca de allí, había un artístico jarrón.

Chips fue hacia él, levantó el bate de béisbol, y lo descargó sobre el jarrón, que se hizo añicos.

Inmediatamente después, el cuidador de Max Bonner corrió a esconderse, para no ser descubierto por Maslow y sus hombres, cuando saliesen de la habitación.

* * *

Troy, cumpliendo la orden de Eric Maslow, había encendido un puro. Pamela Seymour lo miraba, con ojos espantados y el cuerpo tembloroso. La brasa del cigarro le producía un terror indescriptible.

Y es que ya parecía sentirla en sus senos, quemándole la piel.

Max Bonner, estremecido, rugió:

—¡No cometa esa canallada, Maslow!

Eric lo ignoró totalmente y pidió:

—Pásame el puro, Troy.

—Ahí va, jefe.

Maslow tomó el cigarro y acercó lentamente la brasa al pecho izquierdo de la indefensa Pamela, buscando el erecto pezón.

La muchacha se agitó desesperadamente.

—¡Noooooooo...! —chilló, horrorizada.

—¡Deténgase, Maslow! —ordenó Max—. ¡No lo haga!

Eric no hizo el menor caso.

Pamela percibía ya el calor de la brasa en la cima de su seno, cuando se escuchó un ruido afuera.

Era el jarrón, destrozado por el bate que empuñaba Chips *el Marciano*.

CAPÍTULO XIII

Eric Maslow dio un respingo y retiró el puro encendido del seno de Pamela Seymour.

—¿Qué ha sido eso...?

—¡Algo se ha roto, jefe! —exclamó Troy.

—¡Debe de haber alguien ahí afuera! —Adivinó Archie, echando mano de su automática.

Troy, Buddy y Colin se apresuraron a imitarle.

—¡Echad un vistazo, rápido! —ordenó Maslow—. ¡Y atrapad al intruso!

—¡Vamos, muchachos! —dijo Troy, abriendo la puerta y saliendo al corredor.

No vio a nadie.

Sólo el jarrón, hecho pedazos.

Archie, Buddy y Colin salieron también de la habitación, con las armas prestas.

—¡El tipo debió tropezar con el jarrón, lo derribó, y lo hizo añicos! —exclamó Troy—. ¡Seguidme, muchachos! ¡Daremos con él!

Echaron los cuatro a correr.

Mientras tanto, en la habitación, Eric Maslow se había acercado a Max Bonner con gesto furioso.

—No viniste solo, ¿eh, Dragón?

El luchador no contestó.

Maslow lo agarró del pelo y tiró con fuerza.

—¿Quién vino contigo? ¿Lionel Waring...?

Max continuó callado, pero con todos los músculos en tensión.

Tenía que hacer saltar las ligaduras.

Era el momento de acabar de vencer su resistencia, porque si regresaban los hombres de Maslow, ya no tendría la menor

posibilidad de soltarse y dominar la situación.

Max, por otra parte, adivinaba que lo del ruido, tan oportuno, había sido cosa de Chips, que, desobedeciendo sus órdenes, había acudido en su ayuda.

Y no sería él quien le recriminase por ello, desde luego, pues, de momento, Chips había evitado que Maslow le quemase los pechos a Pamela con la brasa del puro.

Eric Maslow, furioso por el silencio del luchador, le aproximó el cigarro encendido al desnudo tórax.

—¡A ver si esto te hace hablar, bastardo!

Pamela Seymour tembló sobre la cama.

—¡No, por favor! —suplicó.

Maslow desoyó la súplica de la muchacha, naturalmente.

Por fortuna, las ligaduras de Max *el Dragón* saltaron antes de que la brasa del puro tomase contacto con su caja torácica y el luchador sujetó al jefe de los secuestradores.

Maslow se llenó de terror al ver que Max Bonner tenía los brazos libres.

—¡Suéltame, maldito! —gritó, intentando retroceder.

Era lo único que podía salvarle, porque, como el luchador seguía teniendo las piernas atadas a las patas delanteras de la silla, no podría levantarse y perseguirle.

Antes tendría que soltarse.

Y tardaría algunos segundos en conseguirlo.

Max, consciente de ello, no permitió que Eric Maslow se alejara de él.

—¡No escapará, Maslow!

—¡Socorro...! —chilló Eric, confiando en que sus hombres le oyeran y acudieran velozmente en su ayuda.

Max, para hacerle callar, le atizó un puñetazo en la boca, sin soltarle el brazo derecho.

Maslow cayó al suelo, quedando a los pies del luchador.

Max le asestó un par de mazazos en la cabeza, con el puño derecho, y lo dejó inconsciente.

—¡Bravo, Max! —exclamó Pamela, jubilosa.

El luchador, sin perder un solo segundo, procedió a soltar las cuerdas que sujetaban sus piernas a las patas delanteras de la silla.

Temía que los hombres de Maslow hubieran oído el grito de

éste, pidiendo socorro.

Y, efectivamente, lo habían oído.

Troy dijo:

—¡Ven conmigo, Archie! ¡Buddy, tú y Colin seguid buscando al intruso!

—¡De acuerdo! —respondió Buddy.

Troy echó a correr hacia la pequeña habitación, seguido de Archie, y Buddy y Colin continuaron buscando al responsable de la rotura del jarrón, que no aparecía por ninguna parte.

Chips Cargill, perfectamente oculto, vio cómo se dividían los hombres de Eric Maslow, Y se alegró, porque era precisamente lo que había estado esperando, para poder entrar en acción.

No podía atacar, con un bate de béisbol, a cuatro hombres armados con pistolas automáticas, pero sí a dos. De los otros dos, ya se encargaría Max Bonner.

Chips había oído pedir socorro a Maslow, lo cual le permitió adivinar que Max se había soltado y tenía atrapado al jefe de los secuestradores.

El cuidador preparó su bate, porque Buddy y Colin venían hacia donde él permanecía escondido. Con la respiración contenida, los esperó y, antes de que le descubriesen, le cascó con el bate a Buddy, en toda la testa.

El matón dejó escapar un ronco gemido y se derrumbó, perdiendo su automática.

Colin se giró con rapidez, pero no pudo hacer uso de su pistola, porque el bate de béisbol cayó sobre su brazo derecho, con tanta violencia, que le partió los huesos cubito y radio.

El gorila lanzó un tremendo aullido de dolor.

Había dejado caer su arma, naturalmente.

Chips *el Marciano* descargó de nuevo el bate, esta vez sobre la cabeza del tipo, y lo derrumbó en el acto.

—¡Anestesia de la buena, compadre! —dijo, mientras Colin se desplomaba.

Después, recogió la pistola de Buddy, que le quedaba más a mano, y echó a correr hacia la pequeña habitación.

Max Bonner acabó de soltarse y saltó de la silla.

Se disponía a desatar a Pamela Seymour, cuando oyó correr a Troy y Archie.

—Tendrás que esperar, preciosa —dijo, y cargó rápidamente con el cuerpo inanimado de Eric Maslow.

Pamela no comprendía para qué pero lo supo cuando aparecieron Troy y Archie.

¡Max les arrojó a Maslow!

¡Con una fuerza terrible!

Ambos matones cayeron al suelo, arrollados por el cuerpo de su jefe.

Troy perdió la pistola en la caída, pero Archie conservó la suya.

Peor para él.

Si, porque Max se plantó de un salto junto a Archie y le atizó un patadón en la cara, que obligó al tipo a darse la vuelta y quedar boca abajo.

Max le pisó la mano derecha y Archie no tuvo más remedio que soltar su arma, porque el luchador le estaba triturando los dedos. El chillido del matón, no dejaba lugar a dudas.

Con el otro pie, Max envió lejos la pistola de Archie.

Troy estaba tratando de recuperar la suya.

Max lo vio gatear y le atizó un patadón entre las nalgas, buscándole la parte baja, para ver si le pillaba lo que tenía el hombre.

¡Y se lo pilló!

El alarido de Troy tampoco dejaba lugar a dudas.

Cayó de bruces, se llevó las manos a los genitales, y empezó a revolcarse por el suelo, chillando como una rata.

Como lo que era.

Archie, la otra rata, intentó atrapar por las piernas al luchador de «catch», pero éste saltó con agilidad y burló los brazos del matón.

Max, antes de que el tipo pudiera enmendar su fallo, se plantó sobre su espalda de un salto y le clavó los talones en la región renal.

Archie bramó de dolor.

Max dio tres saltos más sobre la espalda del gorila y después le pisó la cabeza. La testa de Archie percutió duramente contra el suelo y el tipo perdió el conocimiento.

—¡Magnífico, Max! —exclamó Chips Cargill, que llegaba en aquel momento, con el bate de béisbol en la mano derecha y la pistola de Buddy en la izquierda.

El luchador se volvió hacia él.

—¡Hola, Chips!

—¡Veo que tienes la situación dominada, muchacho!

—¡Así es!

—¡De los otros dos fulanos, me encargué yo!

—¡Bravo!

—¿Me dejas que remate a ése, Max? —pidió el cuidador, señalando a Troy.

—¡Es tuyo, Chips! —respondió el luchador.

Cargill se acercó a Troy, levantó el bate de béisbol, y ¡zas!

El estacazo se lo dio en todo el cráneo.

Y le hizo un favor a Troy, porque éste perdió el sentido instantáneamente y dejó de sentir dolor en sus órganos masculinos.

Max rió y dijo:

—Vigila a los tipos, Chips. Aún tengo que soltar a la sobrina de Waring.

—De acuerdo —respondió el cuidador, descansando el bate en su hombro derecho.

EPÍLOGO

Max Bonner entró en la pequeña habitación y comunicó:

—Situación controlada, Pamela.

—¡Qué alegría, Max! —exclamó la muchacha.

El luchador se acercó a ella y se sentó en la cama.

—¿Qué hago primero, soltarte las manos o cerrarte la blusa? —preguntó, posando los ojos en los tentadores senos de Pamela.

—Lo que quieras —respondió ella, tuteándole por primera vez.

Max le soltó las manos.

—Así podrás cerrarte la blusa tú misma —dijo.

—Después —respondió la joven, alzando los brazos y pasándoselos por el cuello.

Luego, le besó en los labios.

Intensamente.

Fogosamente.

Como si deseara entregarse a él.

Max la rodeó con sus brazos y la estrechó con fuerza, sintiendo los desnudos senos de Pamela en su musculoso pecho, también desnudo. Percibía su suavidad, su calor, su maravillosa consistencia, y no tardó en acariciarlos con sus manos, oprimiéndolos con delicadeza.

Pamela se estremeció dulcemente e interrumpió el beso para poder mirar a los ojos al luchador.

—¿Puede enamorarse una mujer de un hombre en una sola noche, Max?

—Desde luego —respondió Bonner.

—¿Y un hombre de una mujer...?

—También.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nos ha ocurrido a nosotros.

—Oh, Max... —musitó Pamela, emocionada, y volvió a unir su boca a la del luchador.

Media hora después, se personaba Lionel Waring en la casa de Eric Maslow, acompañado de varios policías. Max Bonner le había telefonado para informarle de todo.

Maslow y sus hombres seguían inconscientes, por lo que no se enteraron de que eran esposados y metidos en la furgoneta de la policía para ser conducidos a la comisaría.

Lionel Waring, después de abrazar efusivamente a su sobrina, miró a Max Bonner y dijo:

—No sé cómo darte las gracias, Max.

—Yo sí, tío Lionel —dijo Pamela, soltándose de él y abrazando al luchador—. Voy a pasar la noche con Max. Ésta, y muchas más —aseguró, antes de besarle en los labios.

Max se apresuró a devolverle el beso.

Lionel, perplejo, exclamó:

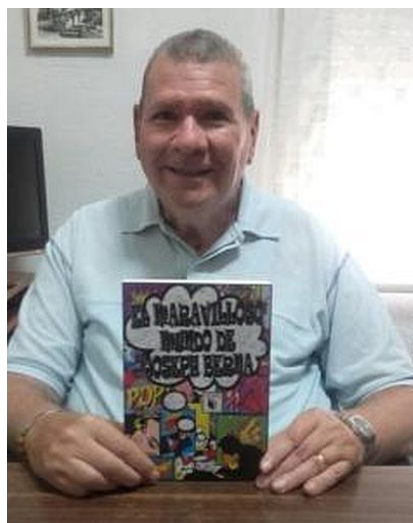
—¿Has oído lo que ha dicho mi sobrina, Chips...?

—¡Se quieren, señor Waring! —respondió Cargill, y se echó a reír.

Lionel no tardó en unir su risa a la de él.

Max *el Dragón* y Pamela Seymour, ajenos a todo, siguieron besándose apasionadamente, estrechamente abrazados.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».